

# UN YACIMIENTO AL AIRE LIBRE DEL NEOLITICO INTERIOR: EL ALTOTERO DE MODUBAR (BURGOS)

por

MIGUEL ANGEL ARNÁIZ ALONSO y ANGEL ESPARZA ARROYO

El Altotero de Modúbar se alza a 2 km. al NNE de la localidad burgalesa de Modúbar de la Emparedada<sup>1</sup>. Se trata de un relieve residual al que la erosión ha dejado aislado respecto a los páramos vecinos. Destaca más de 50 metros sobre los terrenos circundantes, y goza de una privilegiada situación que le permite visualizar una extensa zona, alcanzándose distancias superiores a los 20 kms. en muchas direcciones. Su posición le permite además el acceso a los páramos inmediatos, lo mismo que a los valles fluviales principales, del Arlanzón y del río de los Ausines. Sus laderas, de apreciable pendiente, han sido recientemente puestas en cultivo, al igual que la superficie que lo remata; quedan solamente pequeñas manchas—residuos de la vegetación clímax— integradas por robles y encinas.

Este yacimiento fue dado a conocer en 1977 por Abásolo y Ruiz Vélez, quienes señalaron la presencia de materiales romanos, correspondientes seguramente a una ocupación bajoimperial, y especialmente de cerámica y sílex catalogados como “restos de la Edad del Bronce”<sup>2</sup>.

Por nuestra parte, en el Altotero, como en otros muchos yacimientos prospectados por el Seminario de Arqueología del Colegio Universitario de Burgos, detectamos esos materiales —cerámicas lisas, sílex— de difícil clasificación. Pareciéndonos insatisfactoria una atribución simplista a la Edad del Bronce, sin más precisión, de tales yacimientos, estamos empeñados en el estudio minucioso de esos humildes materiales, en un intento de delimitar los sucesivos horizontes prehistóricos de esta zona oriental de Castilla. Así, el yacimiento que ahora nos ocupa ha sido repetidamente visitado en los últimos seis años, persiguiéndose fundamentalmente aumentar la representatividad del material recogido, sobre todo el lítico. Gracias a ello se han obtenido numerosísimos fragmentos cerámicos, la mayor parte poco apro-

---

<sup>1</sup> Sus coordenadas geográficas, referidas a la Hoja 238 del MTNE escala 1:50.000 son: 42° 16' 30" N/03° 39' 05" W.

<sup>2</sup> ABÁSULO y RUIZ VÉLEZ, 1977, p. 36-37.

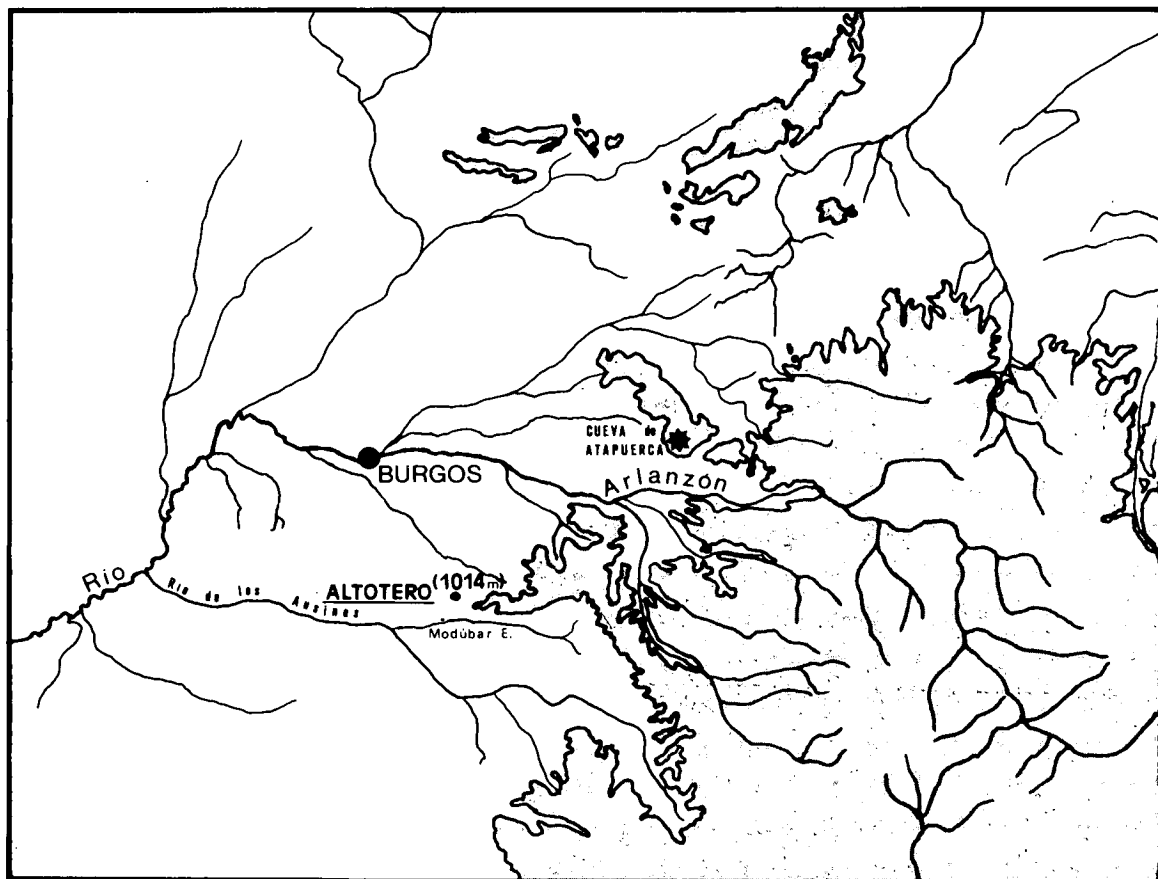


Fig. 1.—Situación del Altotero de Modúbar.

vechables, pero también algunos que proporcionan formas, a más de los fragmentos decorados, a la vista de los cuales comenzamos a barruntar el carácter neolítico del yacimiento.

Entre los materiales recuperados hay que destacar la cerámica y el sílex, aunque no son los únicos: podemos mencionar la presencia de bastantes fragmentos de barro cocido, seguramente de adobe, que deben de corresponder a sencillas cabañas; además, algunos fragmentos óseos, que no han sido tenidos en cuenta dada su procedencia superficial. Llama la atención la ausencia, a pesar de la intensidad de prospección, de ciertos elementos líticos, como los pulimentados o los molinos manuales. Nos ocuparemos únicamente de la cerámica prehistórica —excluimos los fragmentos correspondientes a época tardorromana— y el utillaje lítico tallado.

## I. LOS MATERIALES ARQUEOLOGICOS

### A) LA CERAMICA

La cerámica vieja del Altotero se halla realizada a mano, con un aplastante predominio de los fragmentos lisos sobre los decorados. La cerámica lisa presenta una pasta de apariencia acorchada, pero muy densa, lo que seguramente se debe a la gran cantidad de desgrasante que incluye y al tamaño de éste, consistente en granos silíceos y calcáreos muy bastos, de grosor variable, pero a menudo de 5 mm. Actualmente el desgrasante es visible en ambas superficies de los fragmentos, y si esto sucedía también en la época de su utilización, el aspecto de esta cerámica sería ciertamente llamativo. La tosquedad del desgrasante no parece implicar un bajo nivel técnico—¿será una cerámica de cocina, resistente al fuego?<sup>3</sup>— ya que las piezas han sido frecuentemente alisadas. El interior suele aparecer escobillado; exteriormente vemos una aguada o quizás engobe, de cierto espesor y coloración marrón clara o rojiza, llegando a rojo en algún caso. Son evidentes grandes diferencias de color en zonas inmediatas de un mismo fragmento, debidas seguramente a una cocción imperfecta. La cerámica decorada presenta una pasta mejor seleccionada, con desgrasante fino; los fragmentos 1 y 2 tienen las superficies rojizas, y el núm. 2 debió de tener un aspecto brillante. De todos modos, la procedencia del material y la falta de un estudio especializado de las pastas reducen notablemente el valor de estas apreciaciones sobre la técnica de la cerámica.

Desde el punto de vista formal, hay que señalar que no hemos hallado fragmentos correspondientes a sistema de prensión alguno, lo cual es lamentable, pues como se verá, la presencia de asas tuneliformes, por ejemplo, habría tenido gran importancia.

Los fragmentos cerámicos que presentamos en la figura 2 corresponden a vasos pequeños (n.ºs 1 al 4) y a otros algo mayores, a juzgar por su curvatura (n.ºs 6—dudosa reconstrucción— y 16) o por el grosor de la pasta (n.ºs 12 y 13). Las formas reconocibles van desde cuencos cerrados en forma de *globo de lámpara* (n.ºs 4, 8, 9, 12 y 13) hasta los abiertos (n.º 2), pasando por vasos de paredes más rectas (n.ºs 10 y 14), o los de cuello abierto. Los bordes son muy simples, normalmente redondeados, apareciendo alguno biselado (n.º 11) y varios levemente doblados (n.ºs 1 y 10).

Finalmente, los fragmentos decorados (fig. 3). Uno de ellos pertenece a un cuenco cerrado, decorado mediante una línea incisa y próxima al borde y flanqueada por series de impresiones (n.º 3). De los restantes, pertenecientes a vasijas de formas no identificables, el primero presenta varios surcos horizontales incisos y una línea, paralela a los surcos, de impresiones elípticas (n.º 1); el otro (n.º 2), además de varios surcos incisos—también paralelos, aunque en disposición oblicua— presenta, sobre un pequeño cordón de escaso resalte, una serie de impresiones realizadas con un instrumento—¿huesecillo partido en sentido longitudinal?— que deja una huella arriñonada. En estos dos casos empleamos el término *surcos* porque por su anchura, escasa profundidad y perfil en “u”, nos parece más adecuado que incisiones o acanaladuras. Podría intuirse la utilización de punzones, con punta roma para realizar estos surcos, o con punta más afilada para las impresiones de los fragmentos.

La clasificación de la cerámica presenta una cierta dificultad: el examen de las formas podría llevarnos a una inmediata inclusión en el calcolítico. No obstante, tampoco desentonan en otros contextos más avanzados, de la Edad del Bronce. Naturalmente, en los primeros años ni siquiera tuvimos en cuenta que esas formas también se hallan presentes en diversos focos neolíticos andaluces, portugueses, etc. La aparición de los fragmentos decorados—una cada dos años— orientó la búsqueda de paralelos en otro sentido, haciéndonos recordar la

<sup>3</sup> Vid. MARTÍ *et alii*, 1980, p. 168.

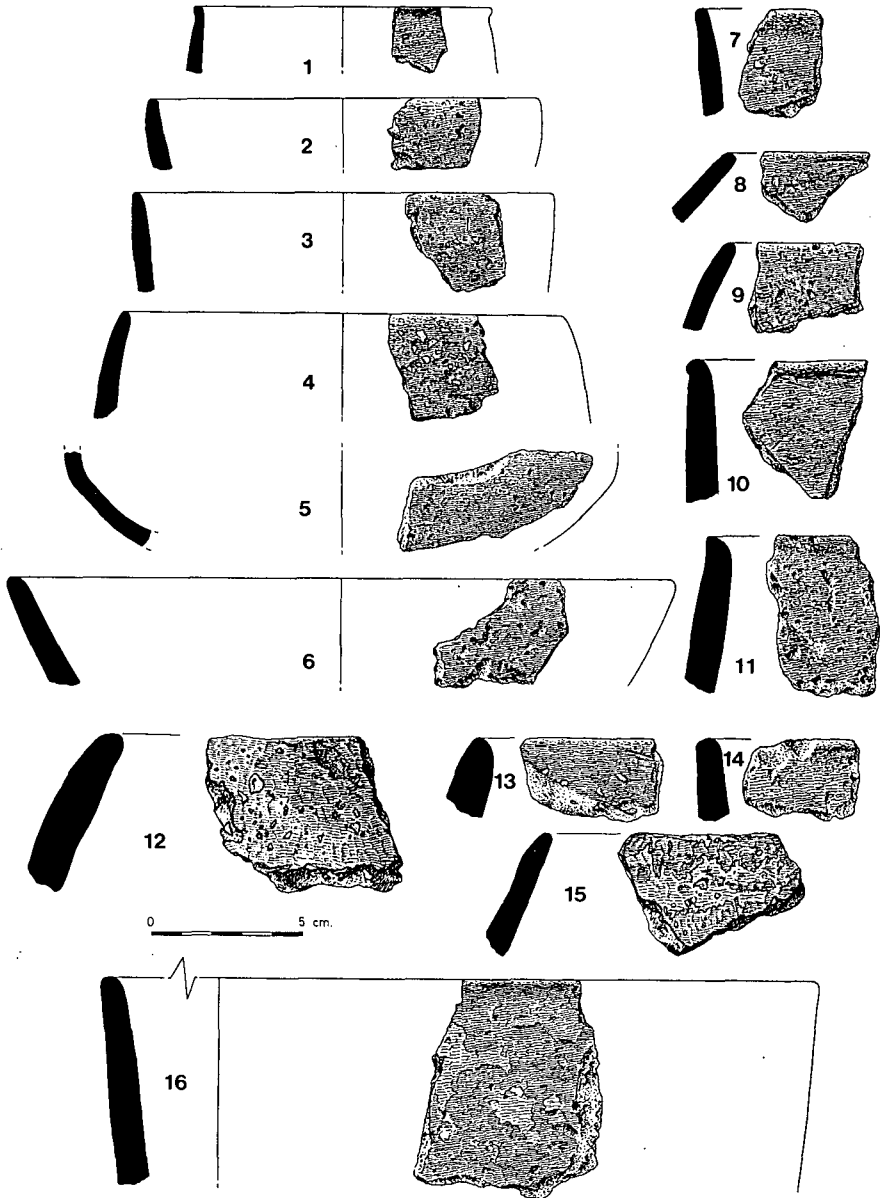


Fig. 2.—Fragmentos de cerámica lisa.

existencia de un Neolítico geográficamente más próximo. Así, cuando empezamos a comparar estos fragmentos con los del estrato IV de Los Husos<sup>4</sup>, que ya en 1974 fue identificado como Neolítico por Apellaniz; o con los niveles más bajos de la cueva segoviana de La Vaquera,

<sup>4</sup> APELLANIZ, 1974, p. 162 (figs. 75.1 y 2).

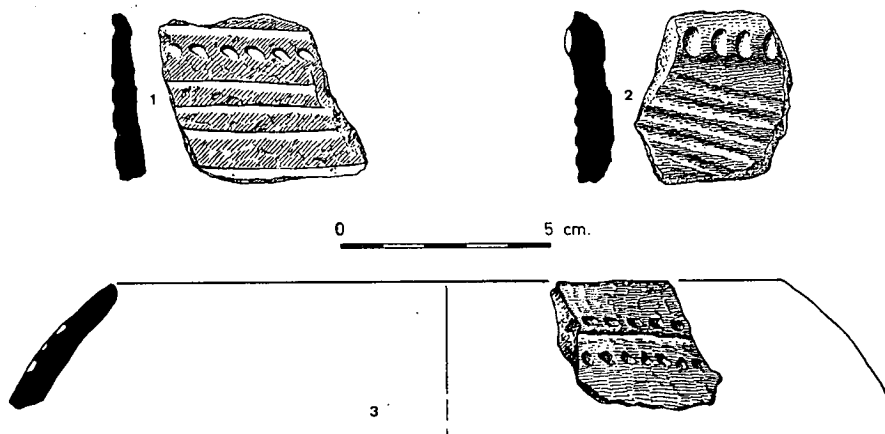


Fig. 3.—Fragmentos cerámicos decorados.

igualmente neolíticos<sup>5</sup>. Recientemente, Fernández-Posse ha recopilado, en su estudio sobre la madrileña cueva del Aire<sup>6</sup>, los yacimientos del *Neolítico interior*, lo que nos ha facilitado extraordinariamente el encuadre cultural del Altotero: ahora conviene únicamente citar un fragmento cerámico recogido en dicha caverna<sup>7</sup> como el mejor paralelo del n.º 2 del Altotero, que podría también ser relacionado —especialmente si invertimos su posición— con algunos del sector G de la Cueva de la Carigüela, datables seguramente en el Neolítico Tardío<sup>8</sup>.

## B) INDUSTRIA LITICA

El conjunto lítico tallado recuperado en el Altotero de Modúbar está representado por 438 piezas. Su estudio y clasificación se realiza desde un punto de vista analítico, prescindiendo de las tipologías más tradicionales al uso para estos conjuntos líticos, dado que en éstas generalmente priman caracteres morfológico-descriptivos, sin que medie un criterio riguroso de separación y jerarquización entre los diferentes atributos.

Para el fin que nos proponemos, hemos dividido los componentes líticos en tres categorías: unidades base (núcleos y objetos nucleares —restos y fragmentos de núcleo—), elementos desbastados (lascas, láminas y restos de talla con estigmas claros de extracción), y elementos activos de talla (percutores).

Con dicha metodología se obtiene una comprensión más objetiva de los distintos elementos que componen el conjunto lítico, al tiempo que permite captar las contradicciones inherentes tanto a nivel técnico como morfológico y morfotécnico entre las diferentes categorías y los elementos que las componen. Estas manifestaciones son las que caracterizan al

<sup>5</sup> Vid. ZAMORA CANELLADA, 1976, figs. XVIII.330 y 342.

<sup>6</sup> FERNÁNDEZ-POSSE, 1980.

<sup>7</sup> *Ibidem*, lám. I, 6.

<sup>8</sup> Respecto a estos fragmentos de la cueva granadina, no podemos soslayar el problema de su posición estratigráfica: uno debe proceder del nivel I (PELLICER, 1964, lám. IX.4) y otro del nivel IX (*Ibidem*, fig. 15.5). En la revisión de Navarrete no se aclara la cuestión (NAVARRETE ENCISO, 1976, t. II, p. 87 y lám. CXIV.1, salvo que le sea aplicable la nota 3 de la p. 89). En cualquier caso, es necesario citar la reinterpretación que Arribas y Molina hacen de la estratigrafía de esta cueva, que sitúa en el Neolítico todos los niveles excepto los dos superiores, correspondientes al Bronce Pleno, siendo incluso el nivel III todavía Neolítico Final (ARRIBAS y MOLINA, 1978, p. 63 y 126-127).

conjunto, que a su vez servirán de base comparativa con otros situados en el mismo proceso técnico-evolutivo.

## 1. MATERIA PRIMA.

La materia prima utilizada en mayor cuantía es el sílex, aunque también están presentes, si bien de forma excepcional, la cuarcita y el cristal de roca. Todos estos materiales son de procedencia local, inscribiéndose en el ámbito geológico inmediato al yacimiento, pero su presencia en el mismo se debe, de forma exclusiva, a aportes.

El sílex, materia más empleada, muestra caracteres muy heterogéneos en cuanto a calidad, corteza, color y estructura interna. Esta diversidad ha permitido establecer dos grupos claramente diferenciables: el primero se caracteriza por una corteza muy regularizada y pulida, generalmente de escaso grosor; una estructura interna muy coherente y de color azul oscuro o violáceo; las piezas de este grupo no muestran desilificación. El segundo grupo es, en líneas generales, de calidad inferior: muestra una gruesa corteza, con estigmas de alteraciones físico-químicas y térmicas, en ocasiones muy acusadas; la estructura interna es menos homogénea que en el anterior, variando también la coloración, que es aquí blanquecina o gris, llegando al acaramelado.

Las diferencias observadas apuntan hacia un origen múltiple de estos materiales. En efecto, si se juzga la naturaleza de la corteza, como rasgo menos subjetivo, se pueden proponer dos lugares de procedencia bien distintos. El sílex del primer grupo habría sido recogido en las proximidades de cursos de agua, de donde procederían también los cantos rodados de cuarcita presentes en el yacimiento, pero que no son propios del medio natural donde está ubicado. Los soportes del primer tipo de sílex vendrían, pues, conformados como cantos rodados, como atestiguan las zonas corticales de las lascas y núcleos. Por el contrario, el segundo grupo está más en consonancia con elementos desgajados de los bancales de los páramos, a juzgar por la naturaleza angulosa y los efectos climáticos observados sobre las piezas que lo integran.

En cualquier caso, estamos ante una muy específica selección de ciertas materias primas ofrecidas por el medio, en detrimento de otras. En este sentido, destaca el empleo casi exclusivo del sílex, y, dentro de éste, el desequilibrio entre el procedente de cursos de agua y el de los bancales, dado el peso mayor de este último. Tal desequilibrio resulta difícil de explicar, aunque quizá habría que tener en cuenta la simple abundancia. En favor de esta hipótesis está el hecho de que en ambos casos se trata más de una recogida de elementos aislados que de una explotación propiamente dicha, tal como pone en evidencia—en el caso del sílex procedente de los páramos— la existencia de bloques que no presentan huellas de extracción de bloques mayores.

## 2. SISTEMA DE DESBASTE.

El sílex empleado, con independencia de su lugar de origen, no presenta dificultades para la talla; sin embargo, las características de cada uno de los grupos señalados comportan el empleo de diferentes técnicas de desbaste y explotación, adaptadas a las peculiaridades de cada material.

En el que procede de los cursos de agua, las superficies lisas y regularizadas de los cantos rodados, que constituyen por sí mismas óptimos planos de percusión, permiten la extracción de los productos sin necesidad de ningún acondicionamiento previo, tal como se desprende de los objetos desbastados de este sílex, que conservan por lo general corteza total o parcial, con independencia de su morfología.

Por el contrario, para el procedente de los páramos se hace necesario un acondicionamiento de sus superficies para eliminar aquellas partes alteradas, a fin de conseguir buenos planos de percusión, que permiten la efectividad de los golpes.

Evidentemente, en uno y otro caso la labor de preparación está siempre determinada por el tipo de producto que se desee obtener; así, la adecuación del bloque como núcleo para la extracción de soportes laminares requiere siempre un trabajo de preparación especial, pero aun en esto hay diferencias referibles al tipo de sílex: para los cantos rodados, es suficiente con la creación de un plano de percusión homogéneo, como se deduce de la presencia de láminas con restos corticales en el anverso. No parece extensible este fenómeno al sílex de los bancales, ya que son desconocidas láminas con estas características, y por otra parte los núcleos para la extracción de estos soportes que hemos recuperado se muestran muy acondicionados, no sólo con una superficie homogénea, sino que se ha descortezado la totalidad de la unidad base y conformado aristas-guía para proceder a la extracción.

Las tareas de preparación deben de realizarse en los propios lugares de abastecimiento —como ponen de manifiesto la ausencia de productos, incluso restos, totalmente corticales, y el bajo número de piezas con gran extensión cortical—, incorporando al yacimiento los núcleos ya configurados y especializados según el tipo de elementos para el que son destinados.

### 3. UNIDADES BASE.

Las unidades base recuperadas suman un total de 20 piezas, de las que sólo la mitad corresponde a ejemplares completos, y otras tantas a restos o fragmentos demasiado parciales o reducidos para ser analizados, por lo que solamente nos ocuparemos de las primeras.

Se encuentran, salvo excepciones muy contadas, en un grado de intervención muy avanzado, cuyas características son propias de los núcleos en fase de agotamiento. Todas ellas presentan un sistema regular de explotación que responde a un proceso técnico uniforme de extracción, al que ya se ha hecho referencia. Uno de sus aspectos más significativos es su especialización en la obtención de un mismo tipo de producto, desde el origen de su dinámica de remoción hasta las fases finales de su utilización, bipolarizándose en núcleos laminares y de lascas, que, a su vez, como es evidente, presentan morfologías diferentes, siendo mucho más diversificadas las de las lascas.

Atendiendo a los caracteres morfológicos y sistemas de remoción, se han establecido los siguientes grupos:

**Grupo 1.**—Con morfología piramidal. Las extracciones son laminares, efectuadas desde un plano homogeneizado ortogonal al eje máximo. A fin de conseguir la máxima regularidad de los productos, el bloque se prepara al efecto con una arista lateral que sirve de guía a las remociones, que partiendo del plano de percusión son convergentes o tienden a converger en un punto opuesto a dicho plano.

A este grupo pertenecen tres núcleos, uno sin comenzar su explotación, otro en fase de explotación y el tercero agotado.

**Grupo 2.**—Con morfología prismática. Las extracciones se disponen desde dos planos opuestos —ortogonales al eje máximo— y homogeneizados. Los productos obtenidos son láminas o bien lascas largas y estrechas próximas a la láminas; los talones son lisos, excepcionalmente diedros; los anversos, dado el sistema de remoción con dos planos opuestos, muestran los negativos anteriores con direcciones que se oponen entre sí.

Se incluyen en este grupo dos piezas, ambas agotadas.

**Grupo 3.**—La morfología circular y oblonga de estos núcleos conforma un sistema de extracción unifacial o bifacial a partir de una arista periférica. Los productos desgajados son lascas, tanto periféricas como invasoras, y por tanto sus morfologías son muy heterogéneas, predominando las cortas, anchas o estrechas. Los talones son lisos o diedros.

Con este sistema de remoción se han recuperado tres unidades que, como en el caso anterior, están agotadas.

**Grupo 4.**—Las extracciones de los núcleos en este grupo siguen múltiples direcciones, con una multiplicidad de caras, ya que utilizan los negativos de las extracciones precedentes como planos de percusión. La presencia final de los mismos es poliédrica. Los productos, por tanto, son lascas con múltiples morfologías, primando las cortas anchas; los talones son lisos o diedros; y en los anversos se observa el carácter pluridireccional de las extracciones contiguas que son recortadas por la nuevas.

Pertenecen a este grupo dos piezas, ambas agotadas.

A pesar de lo limitado de las piezas recogidas, la representatividad de las mismas viene a coincidir, tanto a nivel numérico como morfotécnico, con lo que se observa en los productos extraídos. Por un lado, el bajo número de los núcleos laminares tiene su reflejo en los pequeños efectivos de estos mismos elementos en los productos desbastados, aspecto que, con una vertiente contraria, también se detecta en las lascas. Por otro lado, a nivel técnico también son coincidentes. Los patrones que se siguen en los mecanismos de extracción de las lascas y láminas están bien atestiguados, incluyendo las longitudes límite observadas en los núcleos agotados, que se sitúan en torno a los 20 mm. para el caso de las lascas.

El sistema de acondicionamiento y preparación parece estar restringido, por las peculiaridades de los soportes, a los núcleos laminares, y sólo a unos pocos, afectando de manera especial a los núcleos confeccionados con el sílex de los páramos. En las unidades base lascales la intervención previa al lascado sistemático parece limitarse, por las causas ya expuestas, a un acondicionamiento, y en ningún caso se observa en estos núcleos—y lo mismo ocurre con los productos de ellos desgajados— una preparación específica para obtener soportes especiales.

#### 4. PRODUCTOS DESBASTADOS.

Constituyen los mayores efectivos globales de los elementos líticos recuperados en el yacimiento. Se reparten en las siguientes categorías, ordenadas de forma decreciente según la cuantía de sus efectivos: Lascas, 225 (51,36 por 100 del total de los elementos recuperados); restos de talla-fragmentos, 123 (28,08 por 100) y láminas, 67 (15,29 por 100) (Tabla 1).

TABLA I: RELACION DE EFECTIVOS  
SEGUN LAS DIFERENTES CATEGORIAS

Categorías	N.º efectivos	%
Unidades base . . . . .	20	4,56
Cantos tallados . . . . .	2	0,45
Percutores . . . . .	1	0,22
Productos desbastados		
Lascas . . . . .	225	51,36
Láminas . . . . .	67	15,29
Restos y fragmentos . . .	123	28,08
<b>TOTAL . . . . .</b>	<b>438</b>	<b>99,96</b>



4.1. **Lascas y láminas.**—Uno de los aspectos más llamativos es el desequilibrio numérico entre ambos soportes. Las diferencias son tan acusadas que no se deben exclusivamente a las condiciones del muestreo. En el caso de las láminas, tanto por el bajo número como por sus caracteres, están más relacionadas con una industria con escasa técnica de desbaste laminar.

Como ya se ha visto anteriormente, existe una correspondencia entre la poca representación de los soportes laminares y la reducida presencia de unidades especializadas en la remoción de tales productos. Por otra parte, los caracteres morfotécnicos de las láminas, deducibles de sus caras dorsales y secciones, están vinculadas a la ausencia de estandarización, que sería propia de un desbaste laminar organizado. Son raras las caras dorsales de negativos longitudinales con aristas paralelas, asociadas a soportes delgados de sección prismática. Por el contrario, lo más frecuente es la falta de regularidad, ya que por lo general, en una misma pieza están presentes negativos de extracciones largas y cortas, de anchuras variables y con direcciones opuestas. Las secciones son también muy heterogéneas, tanto triangulares como cuadrangulares, no faltando ejemplares espesos.

Así pues, la técnica de desbaste principal en el Altotero es lascal. Estos productos, según el índice de alargamiento<sup>9</sup> no presentan diferencias sustanciales, en cuanto a su frecuencia, entre los módulos tipométricos ancho y estrecho.

Sin embargo, a pesar del predominio del desbaste lascal, estos productos muestran frente a las láminas una serie de diferencias, que se dejan ver en la estructura técnica de los talones y en las caras dorsales, y que sugieren el tratamiento distinto en el acondicionamiento y preparación de las unidades de base.

En cuanto a la estructura técnica de los talones, la presencia de corteza se circunscribe exclusivamente a las lascas. En el resto de talones acorticales, no se observan diferencias. En ambos tipos de soportes, predominan los talones lisos con morfología rectilínea, frente a tipos más elaborados, facetados o diedros. La baja incidencia de estos talones elaborados, está en relación con el poco desarrollo que tienen los productos muy específicos, como se puede ver también en las caras dorsales ante la ausencia de anversos con negativos de levantamientos anteriores centrípetos. (Ver Tabla II.)

Aunque el carácter cortical en los anversos tiene poca incidencia, cuando aparece, está más vinculado con las lascas y en particular con aquellos objetos cortos anchos o cortos muy anchos. Por el contrario, en las láminas las superficies corticales apenas se documentan, estando circunscritas a zonas parciales y de forma exclusiva a los bordes, conformando dorsos. (Ver Tabla II.)

4.2. **Restos de talla.**—Los restos de talla, por su presencia y caracteres, no desentonan con lo que se apunta para los otros elementos del desbaste. La ausencia, por lo general, de zonas corticales, confirmará una diferenciación espacial entre los lugares de desbaste inicial, quizá en los mismos lugares de aprovisionamiento de materia prima, y las labores de talla sistemática de los bloques ya conformados realizadas en el yacimiento.

4.3. **Productos desbastados transformados por trabajo secundario.**—En este apartado se incluyen todos aquellos productos del desbaste transformados por el retoque<sup>10</sup>: lascas, láminas y restos de talla. En total están representados por 76 ejemplares que en conjunto suponen un índice no muy elevado de transformación, solamente el 18,62 por 100. Esta desproporción entre lo retocado y no retocado se presenta con un criterio bastante similar en cada grupo:

<sup>9</sup>. Vid. LAPLACE, 1974b.

<sup>10</sup> Se aborda su estudio desde una perspectiva analítica según los criterios establecidos por G. Laplace (LAPLACE, 1968; 1974a; 1977).

TABLA II: RELACION DEL CARACTER DEL ANVERSO, SEGUN EL TIPO DE SOPORTE Y TALON.  
ENTRE PARENTESIS, PRODUCTOS RETOCADOS

Carácter anverso	Cortical total		Cortical / acortical		No cortical				Total según soporte		TOTAL GENERAL		
	Morfología soporte		Lasca	Lámina	Negativo no centripeto		Negativo centripeto		Lasca	Lámina	Lasc. + Lám.		
Tipo Talón	Lasca	Lámina			Lasca	Lámina	Lasca	Lámina					Lasca
Cortical . . . . .	3 (1)	- (-)	7 (1)	- (-)	7 (-)	- (-)	1 (-)	- (-)	18 (2)	- (-)	20	7,72 %	
Liso . . . . .	5 (-)	- (-)	16 (2)	3 (-)	67 (24)	10 (7)	9 (5)	1 (-)	97 (31)	14 (7)	149	57,52 %	
Diedro . . . . .	1 (-)	- (-)	3 (-)	- (-)	6 (2)	3 (1)	2 (-)	- (-)	12 (2)	3 (1)	18	6,94 %	
Facetado . . . . .	- (-)	- (-)	- (-)	- (-)	1 (1)	- (-)	2 (-)	- (-)	3 (1)	- (-)	4	1,54 %	
Puntiforme . . . . .	- (-)	- (-)	3 (-)	1 (-)	7 (-)	- (1)	- (-)	- (-)	10 (-)	1 (1)	12	4,63 %	
Suprimido . . . . .	- (1)	- (-)	- (1)	- (-)	- (3)	- (4)	- (-)	- (1)	- (5)	- (5)	10	3,86 %	
Indeterminado . . . . .	1 (1)	- (-)	3 (4)	5 (1)	12 (5)	7 (6)	1 (-)	- (-)	17 (10)	12 (7)	46	17,76 %	
TOTAL . . . . .	10 (3)	- -	32 (8)	9 (1)	100 (35)	20 (19)	15 (5)	1 (1)	157 (51)	30 (21)	259	99,97 %	
TOTAL GENERAL	13 5,01 %		50 19,30 %		174 67,18 %		22 8,49 %		208 80,30 %		51 19,69 %		259 99,98 %

Lascas no retocadas: 174 (77,33 por 100); lascas retocadas: 51 (22,66 por 100).

Láminas no retocadas: 46 (68,65 por 100); láminas retocadas: 21 (31,34 por 100).

Restos no retocados: 42 (91,05 por 100); restos retocados: 11 (8,94 por 100).

El comportamiento del retoque ante las lascas y láminas muestra unas ligeras diferencias. En las lascas se observa una tendencia a retocar preferentemente los soportes acorticales; sin embargo, tomando como referencia el carácter tipométrico según el índice de alargamiento, no tienen una continuidad en la preferencia de un determinado módulo tipométrico, ya que el retoque va asociado indistintamente con cada soporte. Por el contrario, entre las láminas este tipo de manifestaciones no parecen haber sido las principales, ya que no se observa ningún aspecto selectivo.

La estructura modal está caracterizada por el mayor empleo del retoque abrupto, tal como muestra la secuencia de los distintos efectivos modales ordenados de forma regresiva:

	A	S	SE	P	B	
e	42	37	27	12	6	
f	.33	.29	.21	.09	.04	N=124

No obstante, a pesar de las diferencias que muestran entre sí los distintos modos, aparece como un bloque homogéneo, sin que en ninguno de los casos existan discontinuidades (rupturas), como pone de manifiesto el resultado obtenido<sup>11</sup> a través del test estadístico  $\chi^2$ .

La amplitud del retoque es en su mayoría profunda (84,54 por 100), sin diferencias apreciables en los distintos modos; complementado por un sentido fundamentalmente directo (67,25 por 100), menos inverso (18,58 por 100) y más excepcional bifacial (9,73 por 100) o alterno (4,42 por 100).

**4.4. Análisis de los morfotipos.**—Se han reconocido un total de 104 morfotipos de los cuales 93 se corresponden con prototipos bien delimitados y 11 no constituyen tipos primarios definidos. La característica más generalizada es la articulación de tipos primarios netos, bien únicos: 58 (55,75 por 100) o dobles: 11 (10,57 por 100) y con menos frecuencia la asociación con retoques complementarios presentes en 23 piezas.

La disposición de este último tipo de retoque, está conformada por unas directrices muy heterogéneas producto de la influencia de la estructura tipológica. Aunque en conjunto, no tiene un cariz selectivo con relación a los distintos órdenes, se acusa la falta de equilibrio a nivel modal, sobre todo de forma especial por lo que se refiere a los morfotipos con retoque abrupto diferenciado y en particular con las confeccionadas sobre láminas debido a la falta de personalidad de estos grupos tipológicos.

#### 4.4.1. Tipos primarios únicos con o sin retoque complementario.

##### ORDEN SIMPLE Y SOBREELEVADO:

1. *Grupo de raederas.*—Consta este grupo de 14 piezas confeccionadas en su mayoría sobre lasca —10— y también en menor cuantía sobre lámina —2— o sobre resto de talla —1—. Pre-

<sup>11</sup> El resultado obtenido por el test estadístico  $\chi^2$  con un grado de libertad ( $\alpha=0,05$ ) es el siguiente:

A	S	SE	P	B
0,232	1,05	3,42	0,180	0,178

ferentemente, vinculadas a soportes delgados. La amplitud del retoque es generalmente profunda con localización lateral (fig. 4, 1-2, y fig. 5, 6 y 7).

2. *Grupo de puntas*. Apenas representando, sólo se han recogido dos piezas, ambas lascas con retoque profundo lateral.

3. *Grupo de raspadores*. Compuesto por diez ejemplares, cuyos caracteres más significativos son: poca variación tipológica, los frentes se ciñen a morfologías simples (convexas), siendo excepcionales otros tipos, entre los que hay que señalar uno circular y dos destacados ojivales. Están confeccionados sobre soportes más específicos, siempre espesos, tanto cuando se trata de lascas—por lo general tipométricamente grandes, sólo un caso puede ser considerado microlítico—o restos de talla. Otro carácter compartido es el reavivado del frente, en ocasiones múltiple (fig. 5, 1-4).

4. *Grupo de denticulados*. Representado este grupo por 9 piezas, no presentan en los soportes el carácter tan selectivo de los raspadores, ya que incluyen una gama más amplia. Los tipos primarios siguen la tónica general de poca variación ya vista en los grupos anteriores: las morfologías son fundamentalmente de raedera, muesca y raspador, estas últimas son de iguales caracteres que entre los no denticulados. La amplitud del retoque es profunda y la localización lateral. Comparativamente con los restantes grupos de este orden son las que menos tienden a asociarse con retoques complementarios.

#### ORDEN ABRUPTO:

1. *Abrupto no diferenciado*. El número de ejemplares incluidos en este grupo suman 11 piezas. Confeccionadas en su mayoría sobre soportes poco espesos, tanto si son lascas—8—como si son láminas—2—; no así el único resto de talla, que es espeso. Atendiendo a la amplitud del retoque predomina la profunda, así como la localización lateral y la forma rectilínea (fig. 7, 6 y 7).

2. *Grupo de truncaduras*. Comprende 9 piezas, sin que sea predominante el soporte lascal—5—, o laminar—4—. Aparecen representados exclusivamente los tipos con amplitud profunda, mayoritariamente rectilínea, en 6 ocasiones, y más raras las oblicuas, 2 y las angulares, 1 (fig. 6, 3-6 y 9).

3. *Grupo de perforadores*. Representado por tres piezas, todas ellas lascas, 2 de ellas determinadas por la intersección de una truncadura distal, profunda y rectilínea, convergente con un dorso. La otra pieza es un doble dorso bilateral, rectilíneo y convergente (fig. 6, 7 y 8; fig. 7, 1).

4. *Grupo de láminas con dorso*. También escaso, sólo se han recuperado 2 piezas, ambas sobre soporte delgado y retoque profundo (fig. 6, 2).

5. *Grupo de láminas con dorso y truncadura*. Es el grupo menos representado del orden abrupto, con un único ejemplar, que muestra un retoque profundo en el dorso y, con localización distal, una truncadura profunda oblicua (fig. 6, 1).

6. *Grupo de bitruncaduras*. Incluye 2 piezas, ambas sobre soportes laminares, con un retoque profundo unilateral y sentido unidireccional. Una de ellas con morfología segmentiforme y la otra triangular conformando un triángulo escaleno (fig. 7, 8 y 9).

TABLA III: DISTRIBUCION DE LOS TIPOS SEGUN ORDEN Y GRUPO TIPOLOGICO

Orden	Grupo tipológico	Clase / tipo primario	Fre- cuencia	Total	
Simple / sobreelevado	Raederas	R 11	3	17	16,34%
		R 21	9		
		R 22	3		
		R 23	1		
		R 321	1		
	Puntas	P 21	2	2	1,92%
	Raspadores	G 311	4	11	10,57%
		G 312	3		
		G 313	2		
		G 321	2		
	Denticulados	D 21	5	17	16,34%
		D 23	5		
		D 25	1		
		D 323	3		
		D 325	3		
Total orden			47	45,19%	
Abrupto	Abruptos no diferenciados	A 1	3	13	12,50%
		A 2	10		
	Truncaduras	T 21	7	10	9,61%
		T 22	2		
		T 23	1		
	Perforadores	BC 1	2	4	3,84%
		BC 2	2		
	Láminas con dorso	LD 21	4	4	3,84%
	Lám. con dorso trunc.	LDT 11	1	1	0,96%
	Bitruncaduras	BT 1	1	2	1,92%
BT 22		1			
Total orden			34	32,69%	
Plano	Piezas foliáceas bifaciales	F 311	2	6	5,76%
		F 314	2		
		F 323	2		
Total orden			6	5,76%	
Buril		B 11	4	6	5,76%
		B 12	1		
		B 23	1		
Total orden			6	5,76%	
Lascas - Láminas retocadas			11	11	10,57%
TOTAL GENERAL			104	99,97%	

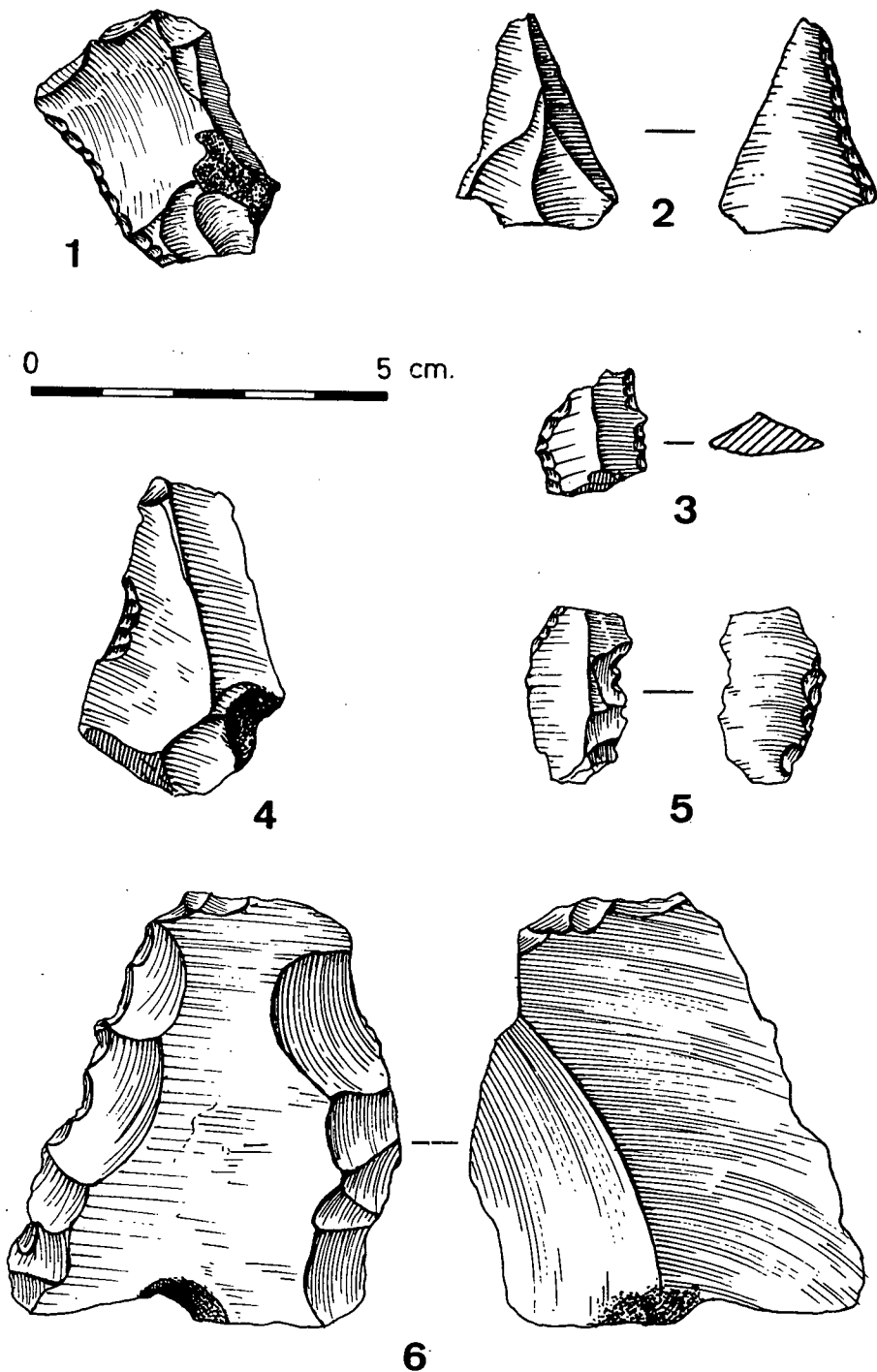


Fig. 4.—1 y 2: Raedera plana con retoque profundo lateral. 3: Raedera plana sobre lámina con retoque profundo lateral, opuesta a lámina de dorso profundo. 4: Muesca sobre lasca plana. 5: Raedera sobre lámina con retoque marginal lateral, opuesta a raedera profunda denticulada. 6: Raedera denticulada, opuesta a raedera profunda lateral.

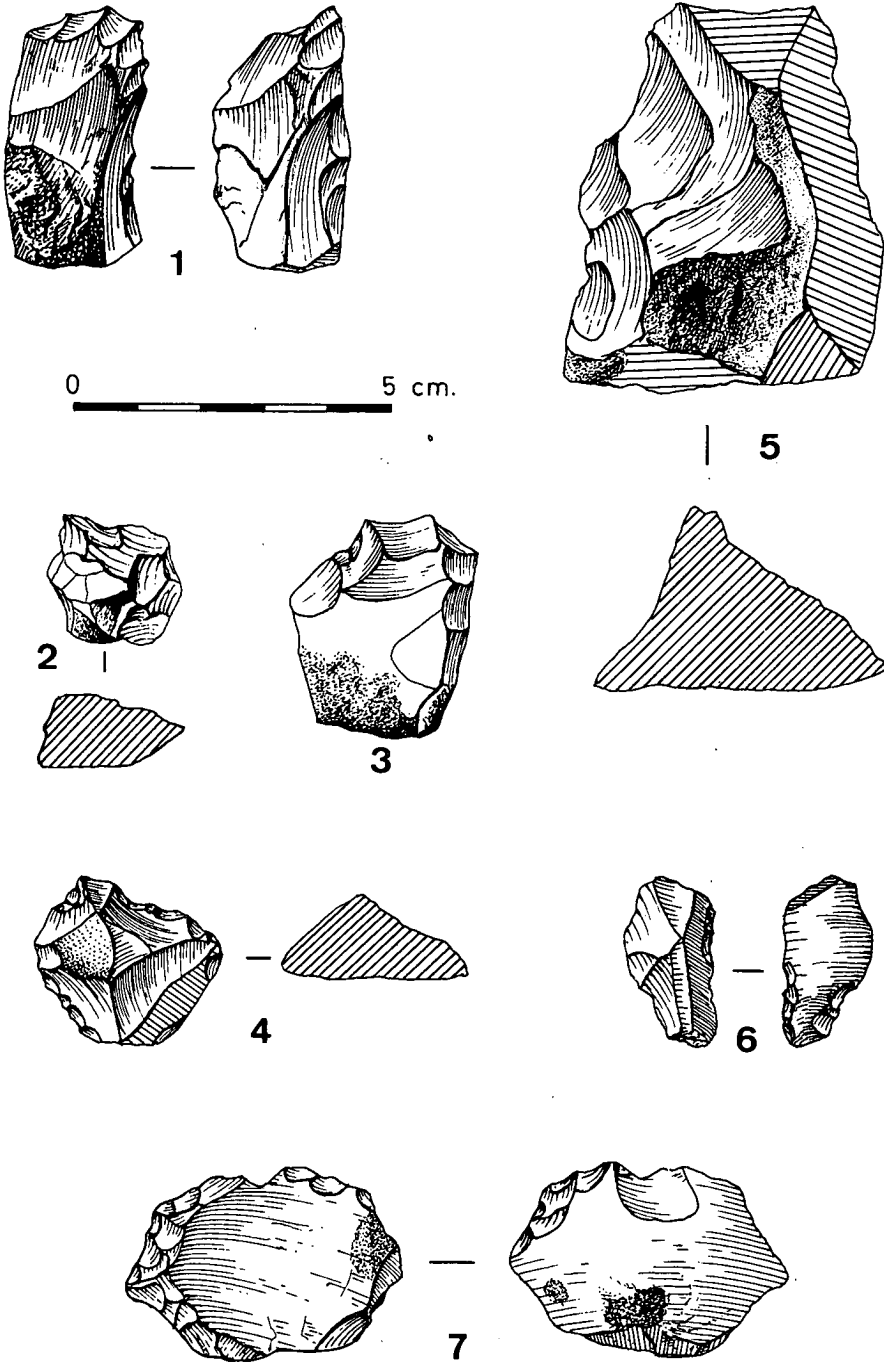


Fig. 5.—1: Raspador carenado con frente simple y retoque lateral abrupto. 2: Raspador carenado con frente destacado ojival. 3: Raspador carenado con frente simple. 4: Raspador carenado circular. 5: Raedera carenada denticulada. 6: Raedera plana sobre lámina con retoque lateral profundo alterno. 7: Raedera plana latero-transversal.

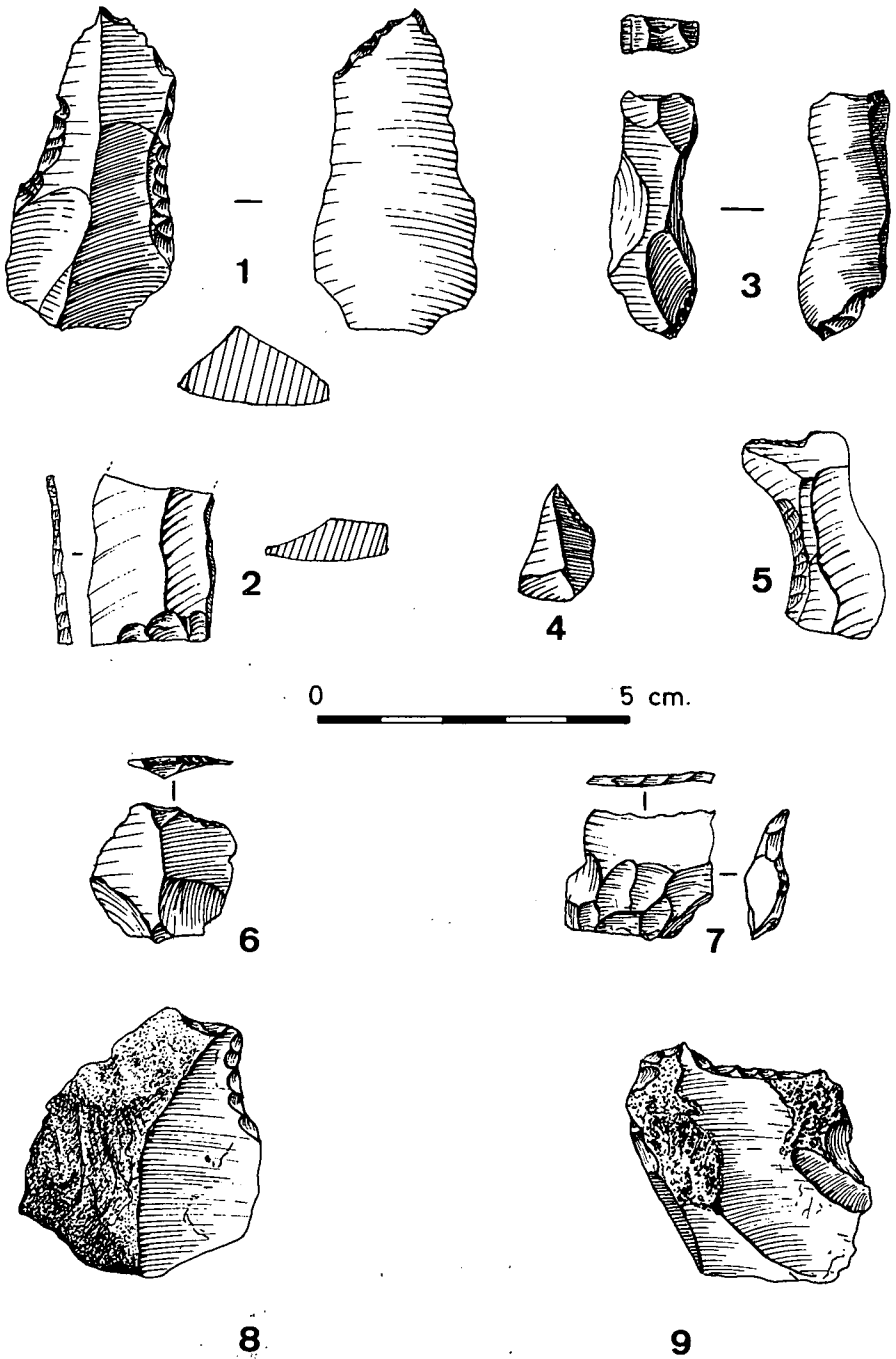


Fig. 6.—1: Lámina con dorso y truncadura, asociada a un retoque complementario simple. 2: Lámina con dorso. 3 y 5: Truncaduras profundas, normales, sobre lámina. 4: Truncadura profunda oblicua sobre lasca. 6 y 9: Truncaduras normales sobre lasca. 7 y 8: Perforadores sobre truncadura.



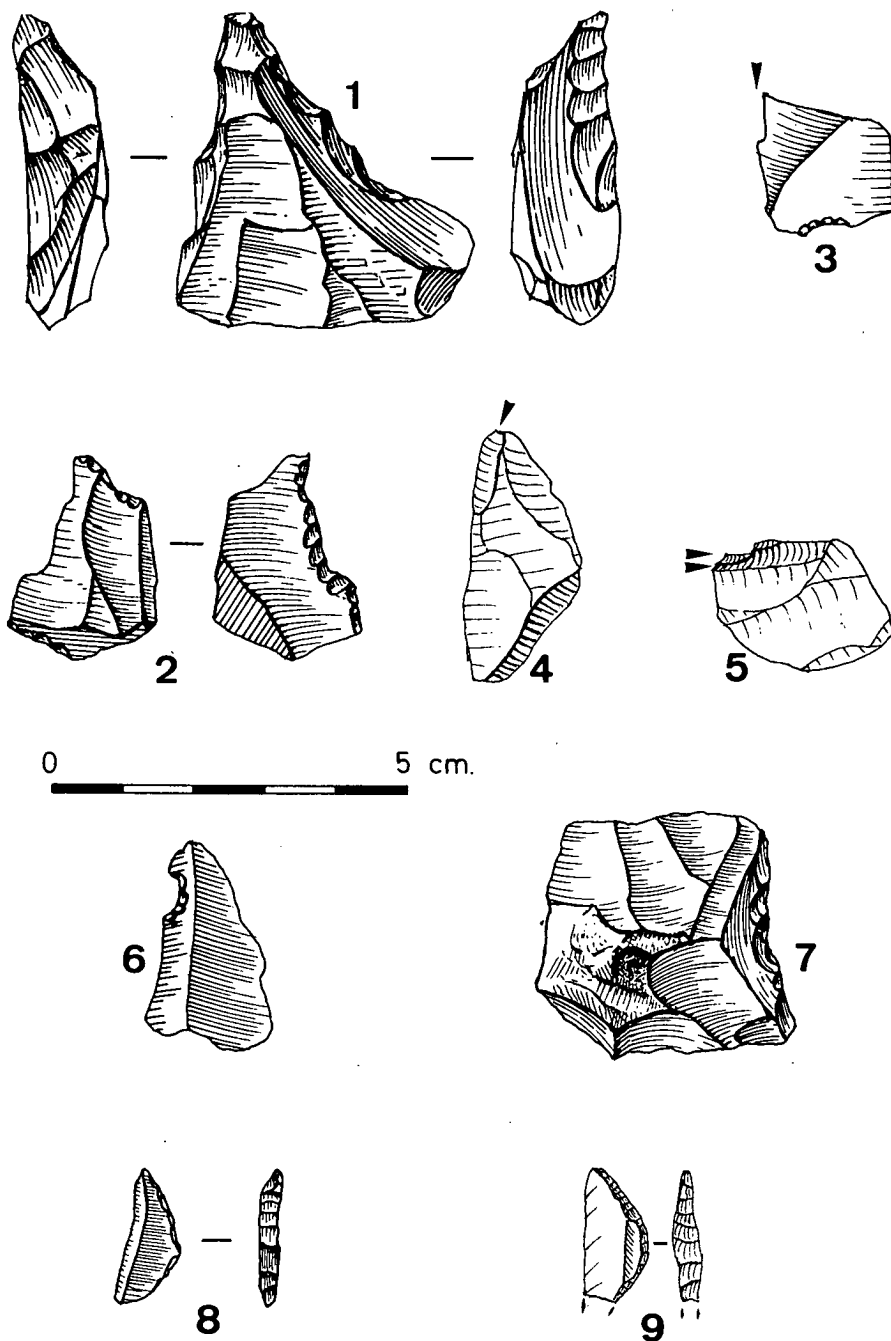


Fig. 7.—1 y 2: Perforadores con dorso. 3 y 4: Buriles con un solo paño. 5: Buril con paño transversal y retoque lateral. 6 y 7: Abruptos no diferenciados. 8: Bitruncadura (triángulo escaleno). 9: Bitruncadura (segmento de círculo).

## ORDEN PLANO:

Las piezas correspondientes a este orden suman 5, todas ellas con retoque bilateral cubriente y cuya característica más destacada es la variación tipológica aunque en reducida cuantía.

El grupo se compone de: una raedera con base convexa y sección lenticular. Dos piezas con retoque bilateral de morfología apuntada y sección también lenticular; una de ellas es alargada y presenta en un lateral un retoque denticulado sobrepuesto al plano, en el que se observa una pátina propia de los instrumentos dedicados a la tala de cereales.

Dos puntas pedunculadas de morfología triangular, aunque ligeramente diferentes. La primera de pequeño tamaño con lados rectilíneos y pedúnculo poco desarrollado. La segunda, más alargada, presenta los lados cóncavos y a diferencia de la anterior está asociada a dos aletas muy desarrolladas, con forma rectilínea y acabadas en punta (fig. 8, 1-4 y 6).

## ORDEN BURIL:

Únicamente dos ejemplares presentan el tipo primario neto. Se trata en ambos casos de buriles simples y con un solo paño. En un caso está realizado sobre soporte lascal, y a partir de un plano normal. En el otro, confeccionado sobre resto de talla, el golpe de buril ha sido realizado desde una fractura.

4.4.2. *Tipos primarios compuestos con o sin retoque complementario.*

Suponen un total de 11 piezas cuya característica destacada es la heterogeneidad de las asociaciones, ya que no hay tendencias definidas ni en cuanto a tipos primarios ni en lo referente al orden. Se disponen como sigue:

—Lámina con dorso y retoque profundo asociada en su extremo a un raspador denticulado.

—Lámina con dorso y retoque profundo opuesta a una raedera lateral y profunda (fig. 4, 3).

—Buril simple sobre plano opuesto a una muesca transversal distal, profunda (fig. 7, 3).

—Buril simple sobre fragmento de lámina espesa con localización proximal, opuesto a otro golpe de buril con varios paños (fig. 7, 4).

—Buril con paño lateral sobre retoque lateral, abrupto, profundo e inverso, asociado con un retoque complementario, plano, profundo e inverso (fig. 7, 5).

—Raedera denticulada con retoque profundo y lateral opuesto a un abrupto no diferenciado con retoque profundo.

—Raedera lateral denticulada sobre lámina espesa opuesta a una raedera marginal.

Complementadas por un retoque abrupto, profundo y directo (fig. 4, 5).

—Raedera lateral denticulada sobre lasca opuesta a una raedera lateral con retoque profundo. Ambas asociada a un retoque complementario, simple, marginal, alterno en posición transversal distal (fig. 4, 6).

—Raspador denticulado sobre resto de talla opuesto a otro raspador también denticulado.

—Perforador conformado por un doble dorso convergente sobre lámina, opuesto a una truncadura normal profunda en posición transversal proximal (fig. 7, 2).

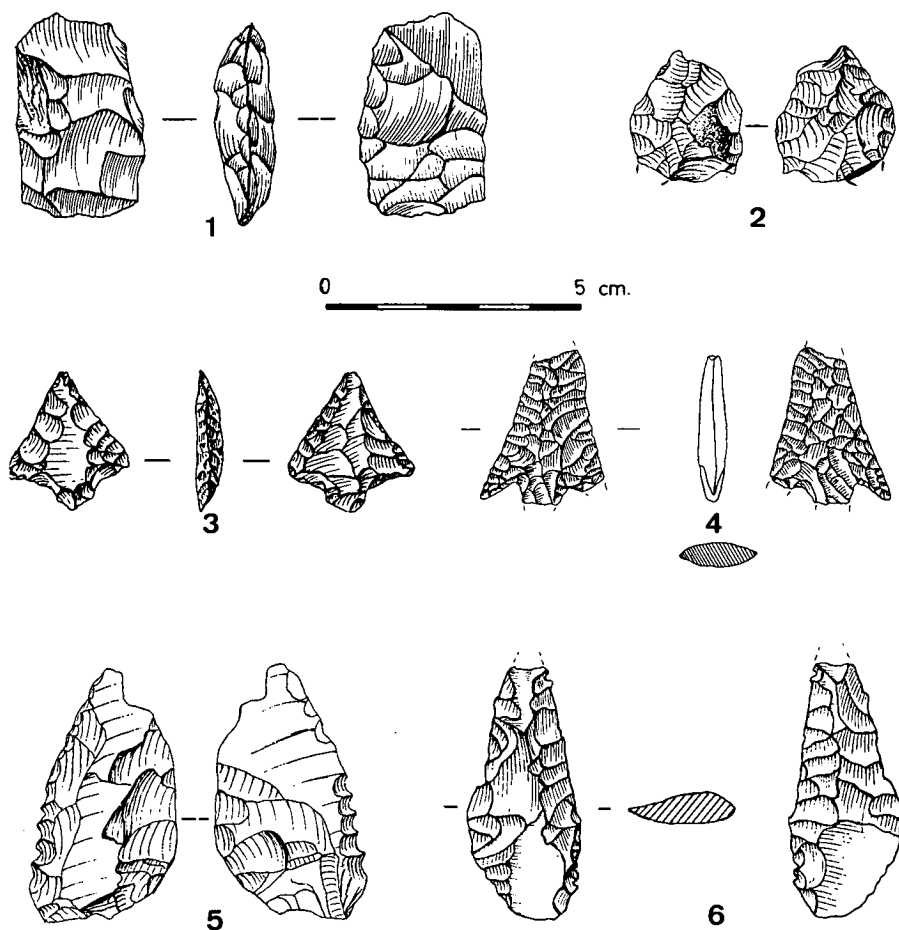


Fig. 8.—1: Raedera foliácea bifacial y retoque bilateral. 2 y 6: Puntas con retoque bilateral bifacial. 3: Punta foliácea pedunculada. 4: Punta foliácea pedunculada y con aletas. 5: Pieza foliácea con denticulaciones.

—Raedera foliácea bifacial (laterotransversal opuesta a una raedera denticulada, bifacial, lateral, con pátina de talar cereales) (fig. 8, 5).

#### 4.4.3. *Lascas-láminas retocadas.*

Componen este grupo 11 piezas, de las cuales 5 son lascas, 3 láminas y 2 restos de talla. En ellas se observa una tendencia del retoque a ser selectivo con el tipo de soporte. El retoque simple, está preferentemente vinculado a lascas—sólo una de ellas muestra retoque abrupto—, el sobreelevado asociado con los restos de talla, mientras que tanto el abrupto como el plano lo hacen con las láminas.

4.5. **Otros materiales líticos.**—Aparte de los materiales líticos señalados, también se han recuperado otras piezas que describimos en este apartado:

- Dos cantos rodados de cuarcita tallados. Uno con técnica bifacial, con extracciones simples, arista convexa —ligeramente denticulada— y con localización lateral. La zona tallada está opuesta a una fractura longitudinal. El segundo, de técnica unifacial, presenta también extracciones simples y arista convexa.
- Un percutor sobre bloque de sílex, con una morfología oblonga determinada por la acción del trabajo. Los estigmas de la percusión se concentran principalmente en un extremo distal de la pieza y se continúan de forma menos intensa por un lateral. Ambas zonas constituyen las zonas activas del percutor, siendo las restantes —sin huellas de percusión— los lugares de prensión del instrumento.

##### 5. CARACTERIZACIÓN DEL CONJUNTO.

Aunque desde el punto de vista técnico la gama de productos es amplia, no obstante, si se prescinde de los restos de talla, destaca la abundancia de objetos confeccionados sobre lasca —sin distinción de sus módulos tipométricos, anchos o estrechos— frente a los laminares, con una desproporción bastante acusada entre ambos. Esta poca incidencia en el conjunto lítico de los soportes laminares, no parece estar sujeta únicamente a las circunstancias de procedencia o de muestreo del material. Tampoco es determinante el criterio del tamaño —no muy grande— de los bloques de materia prima. De la misma manera, no se explicaría la falta de tales productos por la calidad o las deficiencias de la materia prima.

En este sentido conviene hacer una valoración sobre el grado de intervención en las unidades base y la dinámica utilizada en la remoción de los productos. La explotación de dichas unidades —en casi todos los casos en avanzado estado de intervención e incluso algunas de ellas agotadas— refleja el constante uso al que se han visto sometidas. Por otra parte, la convivencia de sistemas regulares y ordenados de extracción, junto a otros menos definidos, indica la existencia de una selección y adecuación técnica deliberada muy concreta en función del tipo de elemento buscado. Por tanto, las unidades base no están sujetas a una talla indiscriminada y asimismo la heterogeneidad de los productos no puede deberse a estas causas. Tampoco parece posible atribuir el sistema ordenado de extracción a la escasez de materia prima que obligaría a rentabilizar y aprovechar al máximo los recursos<sup>12</sup>.

En nuestra opinión, la explicación de la diferencia numérica entre los soportes lascales y laminares, hay que buscarla en la estructuración del conjunto lítico acorde con las exigencias culturales.

Los caracteres morfotécnicos de los soportes laminares, sobre todo su falta de estandarización, se oponen a una industria de desbaste laminar. Este aspecto se ve particularmente reflejado en el reducido papel que tienen como soportes retocados, y de manera especial en lo que hace referencia a los morfotipos más en consecuencia con este tipo de soporte: láminas con retoque abrupto diferenciado. Asimismo, tanto el retoque como los morfotipos que éste define, presentan unos caracteres concretos que sólo son visibles en estos productos. El retoque por lo general es irregular, poco neto, de tal forma que los tipos se ajustan mal a los prototipos teóricos. Incluso cuando articulan otros tipos primarios o retoques complementarios, en la mayoría de los casos, éstas tienden a ser contradictorias, ya que pertenecen a órdenes diferentes.

El tipo de soportes desbastados que caracterizan fundamentalmente a este yacimiento

<sup>12</sup> No parece que en el Altotero se dé una escasez de materia prima. Si se examina el aprovechamiento que se hace de los lugares donde la materia prima abunda, como es el caso de los bancales de sílex de los páramos, se observa que estaban infrautilizados, como se desprende de que en ningún caso los bloques procedentes de estos lugares presenten estigmas de desgajamientos de bloques mayores que puedan ser puestos en relación con una explotación sistemática de este recurso.

son las lascas. Dichos soportes parten de unidades base variadas en cuanto a su sistema de extracción, pero en todos los casos siguiendo unas pautas organizadas; sin embargo, no se reconocen acondicionamientos especiales de planos de percusión para conseguir productos muy específicos.

El dato más significativo que se desprende de la supremacía de las lascas, es la modificación tipológica consecuente con esta circunstancia. En efecto, el número tan bajo de láminas está en relación con la disminución del retoque sobre ellas. Por oposición las lascas presentan una naturaleza más dinámica que se manifiesta en la asimilación de los grupos tipológicos propios del campo laminar. Baste citar como ejemplo, la presencia más numerosa de lascas truncadas al de láminas, o bien la confección de perforadores exclusivamente sobre lascas. Estrechamente ligado a este fenómeno se asiste no sólo a una cuantía baja, sino también poco variada, de los grupos tipológicos que emplean soportes laminares: truncaduras, láminas con dorso, láminas con dorso y truncadura o bien de geométricos.

Así pues, las lascas absorben una gran parte del retoque; sin embargo, esta disposición hacia el retoque se ve conformada por la bipolarización en direcciones notablemente contrapuestas y asimétricas. La primera, con un peso cuantitativamente grande, es de carácter regresivo e incluye a los elementos más arcaizantes (utillaje del sustrato, tipos primarios con retoque simple y abrupto no diferenciado). La segunda, por oposición a la anterior y frente a los morfotipos laminares, toma un carácter dinámico, siendo mucho más innovadora, no sólo por incorporar formas nuevas con retoque diferente (grupo de foliáceos), sino también ante la variación formal que comportan estos nuevos tipos.

Dejando a un lado el comportamiento del retoque entre los soportes —lascas o laminares— los aspectos anteriormente señalados sobre la representación de algunos grupos tipológicos, se aprecian con más claridad en la secuencia estructural del conjunto y en los efectivos de los grupos ordenados de forma regresiva según su frecuencia<sup>13</sup>.

	D=R	And	(L-I)r=G	T	F=B	BC=LO	BT=P	LDT
e	17	13	11	10	6	4	2	1
f	.163	.125	.105	.096	.057	.038	.019	.009

La representatividad de los diferentes grupos tipológicos de la secuencia es homogénea, sin discontinuidades entre los diferentes efectivos como pone de manifiesto el test estadístico<sup>14</sup>  $\chi^2$ . No obstante, aunque la serie se muestra homogénea, las diferencias entre los distintos efectivos son lo suficientemente acusadas para poder pensar que se debe sólo a las circunstancias del muestreo. Según la ordenación, se pueden delimitar bloques de grupos tipológicos que poseen una naturaleza y dirección propia: se confirma, con excepción de las puntas, el dominio neto de los tipos primarios con retoque simple y abrupto no diferenciado; el arraigo del grupo de los foliáceos y frente a ambos el carácter residual que, salvo las truncaduras, manifiesta el resto de los grupos tipológicos de abruptos diferenciados.

<sup>13</sup> Para la ordenación por categorías tipológicas se siguen los criterios expuestos por LAPLACE, 1974a. Las siglas se corresponden con los siguientes grupos tipológicos: D = denticulados; R = raederas; And = abruptos no diferenciados; (L-I)r = lascas-láminas retocadas; G = raspadores; T = truncaduras; F = foliáceos; B = buriles; BC = perforadores; LD = láminas con dorso; BT = bitruncaduras; P = puntas y LDT = láminas con dorso y truncadura.

<sup>14</sup> El resultado obtenido por el test estadístico  $\chi^2$  con un grado de libertad ( $\alpha = 0,05$ ) es el siguiente:

D=R	And	(L-I)r=G	T	F=B	BC=LD	BT=P	LDT
0,311	0,094	0,026	0,31	0,54	0,42	0,56	
			0,27	0,40	0,32	0,17	

Sin embargo, la abundancia de los grupos del sustrato no está acompañada por una variación en los tipos primarios, sino que por el contrario, se basa en la repetición de tipos y morfologías muy concretas. Esta circunstancia parece corresponder a una especialización y no a una pobreza en los utensilios. Las raederas son mayoritariamente laterales. Los raspadores reflejan de manera más acusada este aspecto, los soportes están muy seleccionados, las lascas y restos espesos, con frentes que delimitan morfologías homogéneas, convexas y simples, siendo raras otros tipos. Los denticulados muestran idéntico comportamiento; con excepción de las muescas, el resto tiene morfologías de raedera o raspador.

Con un carácter decididamente opuesto se presenta el grupo de foliáceos, que a pesar de su corto número, está determinado por el polimorfismo, en cuya base se encuentra la estructuración y articulación que ha actuado desde formas y tipos poco complejos hacia más elaborados, a través de pautas adaptativas, como se deduce del enriquecimiento y la variedad tipológica. Es el caso de las piezas con retoque bilateral bifacial, raederas bifaciales y las puntas pedunculadas con aletas.

Frente a los caracteres dinamizadores —especialización y variación— de los bloques anteriores, se asiste a un empobrecimiento en los tipos y a un retroceso numérico de los grupos que habían marcado las pautas innovadoras desde el Epipaleolítico. En concreto, de aquellos que se corresponden con el utillaje de retoque abrupto diferenciado sobre soportes laminares —truncaduras, láminas con dorso y truncadura, puntas y bipuntas con dorso— y de los geométricos, reducidos en el Altotero, tanto en frecuencia como en tipos, a cuantías casi testimoniales. Esta reducción, que abarca a la totalidad de los tipos con dicho retoque, no es exclusivamente en relación con frecuencias, sino que también, y con excepción de los geométricos, se acompaña por un empobrecimiento morfotécnico al que ya nos hemos referido.

Así pues, desde un punto de vista tipológico, el conjunto se articula según los aspectos apuntados, a los que hay que añadir, como carácter que se opone a los momentos anteriores, la práctica desaparición del microlitismo tanto en su vertiente geométrica asociada al retoque abrupto, como del resto del utillaje, especialmente de los raspadores, de los que solamente un ejemplar puede ser incluido en esta categoría. De todo ello se desprende la existencia de un desequilibrio —tanto tipológico como técnico— entre los grupos que constituyen el sustrato y los foliáceos, frente a los de retoque abrupto diferenciado. En nuestra opinión, este desequilibrio es producto del carácter regresivo y poco innovador del conjunto de tipos con retoque abrupto diferenciado y de sus soportes idóneos, planteado por la contradicción que suponen las nuevas exigencias y circunstancias adaptativas. Estas han sido bien asumidas por el resto de los componentes tipológicos, siguiendo dos direcciones distintas: por una parte, en el caso de los que pertenecen al sustrato, por una especialización en tipos concretos; por otra, la que manifiestan los foliáceos, en sus variaciones y también especialización de forma y tipos. Ambas direcciones, complementarias, están muy condicionadas por las exigencias adaptativas, tal como se observa en la estructuración tipológica de los tipos que la forman. A su vez, dichas exigencias adaptativas, son lo suficientemente intensas para arrinconar o hacer desaparecer a los grupos tipológicos menos aptos.

## II. COMPARACIONES CON OTROS CONJUNTOS LÍTICOS

Resulta difícil integrar en un marco general el utillaje lítico del Altotero de Modúbar. Dado el escaso número de yacimientos neolíticos que conocemos y lo fragmentario de ese conocimiento —solamente se han realizado unas pocas excavaciones, a veces antiguas y con graves problemas de inter-

pretación; la mayoría de los materiales procede de recogidas superficiales, desconociéndose su relación con la estratigrafía, etc.—, hemos pretendido únicamente dibujar un horizonte tipológico para situar al Altotero, sin detenernos en los detalles más concretos; los yacimientos que han servido como punto de referencia pertenecen al área vasconavarra<sup>15</sup> y presentan diferencias en cuanto a su medio geográfico, no ya con respecto al Altotero, sino entre ellos mismos, a pesar de lo cual se observan en su utillaje ciertas tendencias generales, a las que parece estar sometido el conjunto que nos ocupa.

Hemos examinado, en primer lugar, aquellos yacimientos que, presentando piezas foliáceas, son claramente de habitación, tanto en cueva —Santimamiñe—, como al aire libre —Altotero, Saldarrosa, Larrenke—, advirtiendo que la articulación del conjunto lítico pasa por una serie de coincidencias, evidenciadas a nivel técnico y a nivel tipológico.

En cuanto a las primeras, se observa una regularidad en los patrones de extracción definidos por el protagonismo de las lascas. La técnica de extracción laminar y por extensión los productos laminares, muestran —en proporción con las lascas— un gran desequilibrio que tiene su respuesta en frecuencias bajas que incluso en algunos casos adquieren un carácter residual. Por otra parte, los soportes lascas tienden a absorber en numerosas ocasiones el tipo de retoque que normalmente se realiza sobre láminas, como es el caso del retoque abrupto diferenciado. También son los más empleados para la fabricación de los nuevos tipos de utensilios como son los foliáceos.

Desde el punto de vista tipológico y en estrecha relación con el factor técnico, la escasa representación laminar afecta de manera importante a los utensilios elaborados sobre dichos soportes, en particular a aquellos con retoque abrupto diferenciado. En efecto, en estos yacimientos sólo se llegan a reconocer, con dicho retoque, unos grupos tipológicos muy restringidos. Además, sus tipos primarios están la mayoría de las veces muy distorsionados e incluyen, por lo general, retoques complementarios muy heterogéneos. En consecuencia encajan mal en los morfotipos teóricos. Básicamente se trata de los siguientes grupos: láminas con dorso, truncaduras y microlitos geométricos.

Por el contrario, los grupos que tradicionalmente emplean las lascas como soporte —raederas, raspadores, denticulados y abruptos no diferenciados— adquieren un gran desarrollo. Sin embargo, su proliferación no supone una diversificación, sino que se restringen a unos tipos primarios muy es-

---

<sup>15</sup> Fundamentalmente, las cuevas de Santimamiñe CAVA, 1975), Zatoya (BARANDIARAN, 1977), P. Areso (BEGUIRISTAIN, 1979), Fuente Hoz (BALDEÓN *et alii*, 1983a) y Montico de Charratu BALDEÓN *et alii*, 1983b), además de las estaciones de Larrenke (FERREIRA *et alii*, 1983) y Saldarrosa (BALDEÓN, 1978). No se han podido utilizar por lo exiguo de sus materiales, las cuevas de La Vaquera, del Aire o Lóbraga; y apenas, la de Los Husos (APELLANIZ, 1974).

pecíficos: raspadores carenados con frente simple, raederas y denticulados; estos últimos, carenados o no carenados, con morfologías de muesca y, con frecuencia, de raspador o raedera.

Este marco de relativa pobreza tipológica se ve compensado por la presencia de formas nuevas como son los foliáceos. En conjunto, se caracterizan por tener una fuerte tendencia adaptativa que es la base de su polimorfismo.

La articulación técnico-tipológica detectada en estos yacimientos forma parte de un sistema de cambios que se van sucediendo paulatinamente y que se pueden rastrear desde el Epipaleolítico. Dichos cambios no consisten en la sustitución mecánica de unos grupos o tipos de utensilios por otros, sino que por el contrario están sujetos a un sistema gradual y constante de equilibrios y desequilibrios que operan dentro del conjunto lítico como respuesta ante nuevos problemas planteados. Generalmente la solución ante las nuevas exigencias pasa por la creación de formas tipológicas nuevas y el progresivo abandono de las menos operativas. El éxito de la adaptación de estas formas nuevas, es la proliferación de tipos y su especialización cada vez más acusada. Normalmente, la creación de nuevas formas no está restringida a grupos tipológicos o tipos primarios de manera exclusiva, sino que también va asociada a cambios técnicos. Este fenómeno provoca una serie de tensiones y desequilibrios que abarcan a la totalidad del conjunto de partida y cuya manifestación final es la permanencia de los grupos y tipos más adaptados o más consecuentes con dicha adaptación, y por otro lado, la reducción o desaparición de los menos aptos.

Los cambios se sintetizan en la interrelación de tres amplios conjuntos. El primero incluye los elementos más estáticos, que son también los más homogéneos. Son los grupos tradicionales y constituyen el fondo común o sustrato. El segundo, a diferencia del anterior, está compuesto de nuevas formas, que se caracterizan por su dinamismo. Son los componentes tipológicos más dinámicos, que cambian y sustituyen a los que progresivamente van siendo menos operativos. El tercero, e íntimamente ligado a los anteriores, es el componente técnico que acompaña a todas estas manifestaciones.

Como ya se ha apuntado más arriba, estos cambios se pueden seguir de forma particularmente más clara desde el Epipaleolítico. Así, en el paso del Epipaleolítico al Neolítico se observa un retroceso general de los grupos tipológicos que habían marcado la pauta de innovación en el Epipaleolítico, en concreto de los que corresponden con el retoque abrupto diferenciado sobre lámina. Desaparecen las puntas de dorso, bipuntas de dorso y láminas con dorso truncadas, y ven reducidos sus efectivos las truncaduras y láminas con dorso.

Esta desaparición y reducción de los grupos citados está bien documentada en el tránsito del nivel I b al nivel I de la cueva de Zatoya, consi-



derados como Epipaleolítico evolucionado y Neolítico, respectivamente<sup>16</sup>, otro tanto puede verse en el Montico de Charratu, entre los niveles II (Epipaleolítico geométrico) y I (Neolítico)<sup>17</sup>; y, al parecer, en la cueva del P. Areso<sup>18</sup>.

Por el contrario, contrarrestando tal reducción se asiste en los niveles neolíticos de las estaciones citadas a un incremento y enriquecimiento del microlitismo geométrico. Estas nuevas formas evolucionan rápidamente y se caracterizan por la amplitud en la variedad tipológica. Por otra parte son estas piezas nuevas las que actúan como elementos de contradicción en el seno del conjunto lítico. Esta contradicción se manifiesta en el descenso en cuanto a variedad y número de los tipos primarios del resto de abruptos diferenciados; por otro lado, en el crecimiento de algunos grupos del sustrato, fundamentalmente raspadores y denticulados; y en una presencia, comparativamente mayor al estadio anterior, de la técnica de extracción lascal.

La génesis y desarrollo de los foliáceos, que coincide con el Neolítico Final y Calcolítico, está inscrita en una nueva situación de cambios como se deduce del reajuste tipológico que acompaña a este fenómeno. A juzgar por el retroceso numérico y formal de los grupos tipológicos y tipos primarios más activos y especializados del momento anterior, la capacidad de respuesta ante las nuevas exigencias planteadas no pasa por tales grupos.

Por una parte, el proceso de génesis es puesto en marcha por un nuevo tipo de retoque, en este caso plano, asociado a nuevas morfologías. En combinación con dicho proceso y actuando también como elemento de contradicción, la técnica lascal, ligeramente introducida en el estadio anterior, se convierte en el principal sistema de extracción.

Por otra parte, el componente tipológico queda constituido por los grupos más tradicionales, muy cuantiosos pero limitados a unos tipos primarios muy concretos: abruptos no diferenciados, raspadores carenados con frente simple<sup>19</sup>, raederas generalmente laterales y denticulados (muecas, raederas y raspadores carenados). Los abruptos diferenciados están poco definidos, se reducen considerablemente, e incluso llegan a ser categorías residuales. Aspecto este último también extensivo a los microlitos geométricos, que frente a la variedad del estadio anterior, sólo perviven en las formas tradicionales o se desconocen. En el nivel II de Santimamiñe subsisten trapecios acompañados por triángulos y segmentos de círculo; en el Altotero, de los ejemplares recogidos, uno es un triángulo isósceles y el otro es un seg-

<sup>16</sup> Vid. BARANDIARAN, 1977.

<sup>17</sup> Vid. BALDEÓN *et alii*, 1983a.

<sup>18</sup> BEGUIRISTAIN, 1979, p. 77, 90. El efectivo tipológico es bastante reducido, especialmente el nivel considerado Epipaleolítico, pero el nivel Neolítico se aproxima a la tendencia que apuntamos. Esta misma tendencia se aprecia igualmente en la secuencia estratigráfica de Santimamiñe (CAVA, 1975).

<sup>19</sup> Tipológicamente son piezas grandes; sin embargo, también se documentan raspadores microlíticos con frente simple y circular, si bien el número es exiguo; son, pues, pervivencias, con un carácter testimonial, de los momentos anteriores.

mento de círculo; con el mismo carácter y cuantía se repiten también en Saldarroa, donde se han recuperado un segmento de círculo y un trapecio de base cóncava; en cambio, en Larrenke Norte se desconocen.

Con una dinámica opuesta se presentan los foliáceos. Aunque en los yacimientos consultados no llegan a ser numéricamente importantes y se carece de criterios estratigráficos para ver con plenas garantías el proceso evolutivo formal, al menos parecen dibujarse variaciones que desde formas poco netas tienden hacia formas más complejas y variadas que indudablemente están en relación con una especialización funcional. Este sería el caso de las puntas rómbicas y de aquellas con pedúnculo incipiente que se transforman en puntas con aletas de morfología triangular cortas o alargadas y en piezas ovales.

El examen del utillaje lítico revela una serie de diferencias que a buen seguro se hallan relacionadas con el cambio en las formas de habitat, con el comienzo de las ocupaciones al aire libre, estando ligado también a nuevas exigencias y estrategias económicas e incluso quizá sociales. Con las reservas que impone el actual estado de conocimiento y a título de hipótesis de trabajo, podría proponerse la existencia de *dos modalidades evolutivas* en el utillaje lítico: una, documentada en yacimientos rupestres; la otra, manifiesta en estaciones de superficie.

La *primera modalidad* se observa tanto en las cuevas neolíticas que van a ser inmediatamente desocupadas para dar paso a la utilización funeraria —Los Husos y, con reservas, Fuente Hoz— como en aquellas que, tal vez por razones de índole ambiental, ofrecen una persistencia de las funciones de habitación en fechas muy avanzadas, caso de Santimamiñe.

En el covacho alavés de Los Husos, el nivel IV.—Neolítico, con cerámicas comparables a las del Altotero— corresponde a un momento en el que la cueva desempeña todavía funciones de habitación, lo que permitiría la comparación del instrumental lítico de ambas estaciones, si no fuera por el escaso efectivo recuperado. Únicamente se puede señalar el predominio de la técnica de desbaste lascal, con una ligera representación de los grupos tipológicos del sustrato y de los abruptos diferenciados, entre los cuales hay dos microlitos geométricos —ambos, segmentos de círculo—, no existiendo aquí piezas con retoque plano, tal vez por la antigüedad del nivel... o simplemente porque no se hallaron entre los 51 elementos obtenidos en la excavación.

En otra cueva alavesa, la de Fuente Hoz, el nivel I corresponde a un momento, seguramente más avanzado —Neolítico Final—, en el que se inicia la utilización funeraria. El cambio funcional operado del nivel II al I de este covacho dificulta la comparación, pero como sus excavadores señalan, parece haber cierta actividad de talla, sobre todo en el subnivel Ia<sup>20</sup>. Aquí toda-

<sup>20</sup> Vid. BALDEÓN *et alii*, 1983a.

vía se mantiene con fuerza el componente laminar<sup>21</sup>; y en cuanto a los grupos tipológicos, predominan aún los abruptos diferenciados, especialmente microlitos geométricos de variados tipos (segmentos, triángulos y sobre todo trapecios); pero los restantes abruptos diferenciados son escasos y se registra un aumento del utillaje del sustrato.

Finalmente, el nivel II de Santimamiñe, considerado Eneolítico. En cuanto al componente técnico, no existe un predominio de un tipo de desgaste, apareciendo tanto laminar como lascal. Y por lo que respecta a los grupos tipológicos y tipos primarios, cabe hablar de una ambigüedad, ya que continúan existiendo, y con gran peso, grupos arraigados en los estadios anteriores, junto con las nuevas formas y la reordenación tipológica que las acompaña. Realizados sobre soportes laminares, conviven utensilios con retoque abrupto diferenciado junto a otros con retoque simple. Entre los primeros, se dan cita las láminas con dorso y microlitos geométricos; éstos, con formas tradicionales: segmentos de círculo, triángulos y trapecios. Entre los útiles con retoque simple, se encuentran algunas piezas pertenecientes a los grupos tipológicos de raspador y denticulado, sin que el empleo de tal soporte sea exclusivo de algún tipo primario concreto.

Al mismo tiempo, los elementos del sustrato muestran cuantías importantes, y con exclusión del caso anteriormente citado, están realizados sobre lasca. Son los siguientes: raspadores, mayoritariamente espesos y con frente simple; raederas; denticulados, tanto muescas como raspadores carenados o raederas; y abruptos no diferenciados.

Por último, los foliáceos participan también de ese carácter ambiguo. Todas las piezas son puntas, pero tienen una gran variabilidad morfológica. Existen tipos muy definidos, con aletas y pedúnculo de factura morfotécnica bien equilibrada —aunque menos esbeltas que las que vemos en el Altotero—, junto a puntas romboidales de tosca factura y a otras piezas —a medio camino de las anteriores— de morfología tendente a la romboidal y con un pedúnculo ligeramente insinuado.

Los yacimientos al aire libre se enmarcan en la *segunda modalidad*, pudiéndose apreciar, como en el caso anterior, ciertas diferencias entre aquellos de cronología más antigua, tardoneolítica, como el Altotero, y los más avanzados, del Calcolítico o Bronce Antiguo, como Larrenke.

A diferencia de las estaciones rupestres, la técnica de extracción laminar aparece aquí en cuantía tan pequeña que necesariamente hay que considerarla residual. Este aspecto técnico condiciona a los grupos tipológicos sobre soporte laminar, afectando sobre todo a los abruptos diferenciados. Los

---

<sup>21</sup> Aunque son más numerosas los soportes lascales (31 por 100), la diferencia con los laminares, incluyendo en dicho tipo de soporte tanto a las láminas como laminillas (25 por 100 en total) no son tan acusadas.

grupos tipológicos con dicho retoque no solamente son escasos, sino que también, por la aplicación tan heterogénea del retoque, al que se suman otros complementarios de modos contradictorios, se ajustan mal a los morfotipos teóricos.

Los grupos tipológicos del sustrato son los predominantes, estando vinculados sin embargo a unos tipos primarios muy concretos a los cuales ya se ha hecho referencia.

Los foliáceos, por su parte, se caracterizan por su variabilidad y perfección técnica. En el Altotero aparecen piezas triangulares cortas con pedúnculo, junto a piezas triangulares alargadas con aletas y pedúnculo, y también otras de tendencia ovalar, tanto apuntadas como no apuntadas. En Saldarroa, de las recuperadas, una es triangular con pedúnculo y con aletas incipientes; y la otra, sobre lámina, de morfología ovalar y retoque meramente invasor. Finalmente, en Larrenke N., no se documentan piezas triangulares pero sí ovalares, apuntadas, con retoque cubriente, bilateral.

### III. CONSIDERACIONES CRONOLOGICAS Y CULTURALES

Sólo después de notables vacilaciones nos ha sido posible la inclusión del Altotero en el Neolítico. Hemos tropezado, en efecto, con importantes dificultades terminológicas y conceptuales. Así, muchos autores consideran equivalentes “Neolítico Final” y “Calcolítico”, frente a quienes separan claramente esos dos períodos, modos de vida, etc. La equivocidad de estos términos, presente en los trabajos más recientes<sup>22</sup> dificulta la comprensión del proceso histórico de muy diversas regiones. Por otra parte, y debido a la carencia o escasez de buenas estratigrafías, tampoco está muy clara la diferencia entre Neolítico Final y Calcolítico, incluso para aquellos investigadores que admiten la existencia de ambos<sup>23</sup>. Con todo, la mayor dificultad procede de lo difundido de una concepción del Calcolítico que utiliza unos criterios cuya aplicación supondría automáticamente la clasificación del Altotero como yacimiento de tal época. Por ello nos hemos visto obligados a revisar los que en esa tendencia de la investigación se emplean como criterios fundamentales para una consideración calcolítica: aparición de objetos metálicos, presencia de puntas con retoque bifacial cubriente, empleo de las cuevas como panteones colectivos y comienzo de la vida al aire libre.

La *presencia de objetos de cobre* sería, por supuesto, reveladora, pero es poco frecuente. El argumento no puede ser empleado negativamente —en el

<sup>22</sup> Vid., por ejemplo, ARNAL *et alii*, 1979, p. 41.

<sup>23</sup> Vid. PLA *et alii*, 1973, p. 239-240, donde se alude a este “...problema de las nomenclaturas y la dificultad de comparación con otros yacimientos...”. Se hacen eco igualmente ACOSTA y CRUZ-AUÑÓN, 1981, p. 341-342; MONTJARDIN, 1970, p. 281, nota 33; MARTÍ *et alii*, 1980, p. 133, etc.

caso del Altotero no se ha hecho—, ya que la ausencia de objetos metálicos en unos cuadros de excavación, y no digamos en una recogida de materiales superficiales, no justifica en absoluto una catalogación premetálica, neolítica, de un yacimiento.

Las puntas con retoque bifacial cubriente (o acaso fuese mejor decir el *utillaje lítico con retoque plano*, ya que se debería distinguir entre puntas y otros foliáceos, piezas retocadas uni o bifacialmente, con retoque invasor o cubriente, etc.) se han constituido en el auténtico fósil director del calcolítico (o de la Edad del Bronce, que en esto también hay problemas todavía). La enumeración de citas acerca de las “típicas puntas del Eneolítico” es innecesaria, por lo frecuente, pero las bases estratigráficas no son abundantes<sup>24</sup>: durante mucho tiempo apenas se contó con la estratigrafía de la Ereta del Pedregal<sup>25</sup>, a la que habría que añadir otras realizadas recientemente en Andalucía<sup>26</sup>; de ahí el recurso a argumentos como el de la evolución del utillaje entre los “niveles” inferiores y superiores de los dólmenes de San Martín<sup>27</sup> y Boun Marcou<sup>28</sup>. En cambio, la aparición de piezas con retoque plano en momentos todavía neolíticos de la “Cultura de Almería” o del Megalitismo portugués, señalada respectivamente por Bosch Gimpera<sup>29</sup> y por los Leisner<sup>30</sup>, apenas ha sido tenida en cuenta<sup>31</sup>. La variada tipología de las pie-

<sup>24</sup> Excluimos, por supuesto, el utillaje claramente perteneciente a conjuntos del Calcolítico avanzado, como los enterramientos campaniformes, etc.

<sup>25</sup> FLETCHER *et alii*, 1964. (Debemos insistir en el trabajo citado en la nota 23, donde se menciona la relación de las cerámicas de la fase Ereta I con el Neolítico Final y su datación en la primera mitad del tercer milenio a. C. *Vid.* también BERNABÉU, 1982, p. 127-128). Además, la Cueva del Lagrimal, de Villena, donde efectivamente aparecen puntas con retoque bifacial junto a punzones de cobre (SOLER, 1976, p. 21), etc. Las reservas planteadas acerca de Ereta I pueden extenderse a otros yacimientos valencianos, como Mallaetes o las estaciones al aire libre de Villena, donde las piezas con este retoque acompañan a cerámicas peinadas, etc., cuya cronología debe ser revisada (*vid.* nota 47).

<sup>26</sup> Nos referimos a las efectuadas en las cuevas de Nerja y Cazalla, de las que se conocen pocos datos (ACOSTA y CRUZ-AUÑÓN, 1981, p. 325-327; PELLICER y ACOSTA, 1982, p. 54 y 58).

<sup>27</sup> *Vid.* la mejor publicación de los materiales en APELLANIZ, 1973, p. 192-197. Comparable con el nivel inferior de San Martín, tenemos la fase primera de enterramientos del sepulcro de corredor de la Chabola de la Hechicera, con puntas de aletas incipientes y retoque bifacial (APELLANIZ y FERNÁNDEZ MEDRANO, 1978, p. 171-173). Unos y otros materiales apuntan hacia un horizonte neolítico.

<sup>28</sup> *Vid.*, por ejemplo, ANDRÉS, 1978, p. 38, nota 11; ÍDEM, 1977, p. 85; UTRILLA, 1982, p. 330. Sin embargo, la observación de otros yacimientos de la misma región francesa habría llevado a conclusiones diferentes. Por otra parte, el ajuar del nivel inferior de ese dolmen, que incluye foliáceos, es considerado hoy como *santponien* (Neolítico final sobre el que irrumpen los primeros objetos de cobre): ARNAL *et alii*, 1979, p. 41; GUILAINE y VAQUER, 1979, p. 77.

<sup>29</sup> BOSCH GIMPERA, 1969, p. 54. Las fases neolíticas de esta cultura fueron establecidas inicialmente por Siret; tras haber sido puestas en tela de juicio durante largo tiempo, son nuevamente tenidas en cuenta en recientes trabajos (GUILAINE, 1976a, p. 162-164; ARRIBAS y MOLINA, 1978, p. 130-132; ÍDEM, 1979, p. 17; ARRIBAS *et alii*, 1983, p. 159). Todavía mantienen una postura negativa ACOSTA y CRUZ-AUÑÓN, 1981.

<sup>30</sup> V. Leisner señala que el comienzo de las puntas de flecha se da en la fase IIIa del desarrollo del Neolítico portugués. La comparación establecida por los Leisner entre los *ídolos alemejanos* propios de este momento y las cerámicas de Chassey situaría esta fase antes del 3000 a. C., cronología que se ve corroborada por las dataciones de C-14 y termoluminiscencia. (*Vid.* LEISNER, 1983, p. 13-14; SAVORY, 1975, p. 161).

<sup>31</sup> Una postura singular es la de Aparicio y San Valero que consideran en Cova Fosca —y, en general, en el Neolítico Valenciano— una fase II, fechable en el IV milenio, en que aparecerían los primeros útiles de este tipo (APARICIO y SAN VALERO, 1977, p. 527). Pero los resultados de las excavaciones re-

zas halladas en la Loma de los Peregrinos<sup>32</sup> junto a algunos de los más antiguos elementos de la metalurgia peninsular<sup>33</sup>, quizá constituya un indicio de su existencia en tiempos anteriores. En la actualidad podemos mencionar otros yacimientos neolíticos con útiles como los que nos ocupan: Hostalroig<sup>34</sup>, Matadepera o El Coll<sup>35</sup> y, especialmente, la Cova de l'Or<sup>36</sup> y Los Castillejos de Montefrío<sup>37</sup>. En definitiva, parece ocurrir en la Península Ibérica lo mismo que en otros ámbitos europeos: hace veinte años se aludía a las puntas "... del nuevo tipo característico del Eneolítico en toda Europa Occidental..."<sup>38</sup>; hoy, el simple examen de una obra general como *La Préhistoire Française* permite concluir la repetida presencia de útiles con retoque plano, incluyendo puntas pedunculadas, en distintas regiones francesas ya en el Neolítico Medio y sobre todo en el Neolítico Final<sup>39</sup>.

La utilización de las *cavernas como recintos sepulcrales*<sup>40</sup>, generalizada en el Calcolítico y mantenida en momentos avanzados de la Edad del Bronce, parece iniciarse también en el Neolítico: las inhumaciones individuales dejan paso a las colectivas, y no sólo en Cataluña, País Valenciano o Andalucía<sup>41</sup>, sino en el propio País Vasco<sup>42</sup>.

En estrecha relación con el fenómeno funerario que acabamos de mencionar se halla el *paso al habitat de superficie*, para el que puede afirmarse ya una mayor antigüedad que la que se suponía<sup>43</sup>: se advierte en estaciones andaluzas del Neolítico Final<sup>44</sup> e incluso anteriores, como Los Castillejos de Montefrío<sup>45</sup>. En nuestro caso concreto, también se asignaba al Calcolítico

cientemente efectuadas en la Cova Fosca, y especialmente las elevadas dataciones radiométricas (OLARIA *et alii*, 1982) no son fácilmente encajables con la visión que hasta ahora se tenía del yacimiento.

<sup>32</sup> NIETO, 1959.

<sup>33</sup> SAVORY, 1974, p. 121 y 141.

<sup>34</sup> MALUQUER, 1982, p. 60.

<sup>35</sup> MARTÍN, 1982, p. 82 y 93-95.

<sup>36</sup> MARTÍ *et alii*, 1980, p. 131-133 y 296-298. Bernabéu llega a proponer una datación más precisa, situando la fase más reciente de L'Or en su Neolítico Final II (BERNABÉU, 1982, p. 122 y 127-128).

<sup>37</sup> ARRIBAS y MOLINA, 1979, p. 16 (hacen acto de presencia ya en la fase II, correspondiente al Neolítico Final).

<sup>38</sup> TARRADELL, 1963, p. 9.

<sup>39</sup> Vid. GUILAINE, 1976b, p. 259-260 (Provenza); 268-269 (Languedoc); 281-282 (Quercy); 292-293 (Alpes); 380-381 (Cuenca de París); 406-407 (Borgoña), etc.

<sup>40</sup> No podemos dejar de mencionar el complejo problema que representa la no diferenciación en muchas ocasiones entre la simple acumulación de enterramientos individuales y el auténtico ritual colectivo (Vid. GUILAINE, 1976<sup>a</sup>, p. 86-87; ANDRÉS, 1977, p. 110-111). Y lo más frecuente es la mera alusión a la existencia de "huesos humanos".

<sup>41</sup> Vid. MARTÍ, 1978, p. 73 y 91. Parece tratarse, sin embargo, de una doble utilización como habitad y lugar de enterramiento, y no de cuevas sepulcrales.

<sup>42</sup> Vid. nota 56.

<sup>43</sup> Desde antiguo se conocen poblados neolíticos en Cataluña, País Valenciano y Portugal (Vid. MARTÍ, 1978, p. 69, 77 y 86-87), aunque sin plantear mayores problemas, acaso por falta de datos, como señala Martí (*Ibidem*, p. 94). Para Andalucía, vid. NAVARRETE, 1976, p. 27-32. Acerca de las dificultades de investigación de este tipo de yacimientos, vid. MUÑOZ AMILIBIA, 1970, p. 18; GUILAINE, 1976<sup>a</sup>, capítulo VII; etc. Recientemente se ha señalado la existencia de yacimientos neolíticos al aire libre en Alava (BALDEÓN *et alii*, 1984; FERREIRA *et alii*, 1984), cuya publicación esperamos con el máximo interés.

<sup>44</sup> Por ejemplo, El Manzanil, en Loja (FRESNEDA, 1983, p. 135-136).

<sup>45</sup> ARRIBAS y MOLINA, 1978, p. 124; IDEM, 1979, p. 13. En estos trabajos se mencionan otros yacimientos neolíticos no rupestres en Tabernes y Campotéjar (IDEM, 1978, p. 127), que vendrían a sumarse a

el comienzo —o la reaparición, si tenemos en cuenta el Pleistoceno— de la vida al aire libre en la región del Duero<sup>46</sup>, por lo que inicialmente sentimos cierto rechazo ante la idea de un yacimiento neolítico de carácter abierto.

Si nos hemos fijado en estos aspectos<sup>47</sup> es porque hemos advertido en la literatura arqueológica una utilización tal vez desmedida de conclusiones no bien establecidas: no debería rechazarse, como se hace en ocasiones, la existencia de sepulturas neolíticas en cuevas, cuando —a falta de mejores argumentos— se están catalogando determinados yacimientos como calcolíticos precisamente por la presencia de enterramientos. Dígase lo mismo de las puntas de flecha, foliáceos, etc. En definitiva, podemos ver con frecuencia cómo los rasgos que comentamos son elevados a la categoría de características definitorias del Calcolítico de ésta o aquella región... basándose en yacimientos cuya pertenencia al Eneolítico se cimenta exclusivamente en la aplicación previa de tales rasgos.

El Altotero de Modúbar forma parte, en nuestra opinión, de un conjunto de yacimientos del Neolítico Interior que vemos en el mapa de la figura 9, elaborado a partir del citado trabajo de Fernández-Posse<sup>48</sup>. Hemos incluido también las cuevas de Atapuerca y Ameyugo, en las que acaso haya también vestigios neolíticos<sup>49</sup>. La concentración de yacimientos en las dos vertientes de las sierras que circundan Castilla la Vieja, ¿responde a una realidad o es un simple reflejo del carácter localizado de la investigación? Algo de esto parece haber, teniendo en cuenta que buena parte de ellos son conocidos desde hace más de medio siglo. Así, Atapuerca o Cueva Lóbriga fueron ya consideradas estaciones neolíticas por Bosch Gimpera, quien las incluyó en uno de los grupos regionales de su *Cultura de las Cuevas*<sup>50</sup>. La investigación sobre el Neolítico pasa necesariamente por la revisión de tal "cultura", lo que condiciona en cierta medida los resultados.

---

los silos del horizonte de Campo Real. Quizá haya que añadir la fase más antigua de Hornos del Segura (MALUQUER, 1975). Recientemente ha sido publicado el yacimiento de Pinos Puente, con más referencias a otros análogos, también granadinos (SAEZ y MARTÍNEZ, 1981).

<sup>46</sup> MALUQUER, 1955, p. 164.

<sup>47</sup> Otros criterios, empleados con menor frecuencia, serían la técnica del doble bisel y las cerámicas con decoración peñada, esgrafiada y de pastillas. Actualmente, sin embargo, se señala la presencia de estos rasgos en el Calcolítico, pero también en el Neolítico. Respecto al doble bisel, vid. FORTEA, 1971, p. 76-77; IDEM, 1973, p. 456-459. Para la cerámica peñada, FORTEA, 1971, p. 74-75 y MARTÍ *et alii*, 1980, p. 149-152; sobre la esgrafiada; MARTÍ *et alii*, 1980, p. 151-158 y especialmente BERNABÉU, 1982, p. 106-118. Las pastillas repujadas, características de diversos focos calcolíticos de Francia, se hallan presentes en el Neolítico Final del Subcículo de Sierra Morena Occidental, siendo posteriormente difundidas hacia el norte, según PELLICER y ACOSTA, 1982, p. 60.

<sup>48</sup> FERNÁNDEZ-POSSE, 1980.

<sup>49</sup> Sobre Atapuerca, vid. APPELLANIZ, 1974, p. 391; URIBARRI y APPELLANIZ, 1975, p. 167, 169 y 171; APPELLANIZ y URIBARRI, 1976, p. 12; CLARK, 1979, p. 159-160 y 189 (citas del posible Neolítico, no alcanzado el sondeo estratigráfico). Para Ameyugo, vid. OSABA, 1976, p. 78-79 y láms. 4-5. Algunas cerámicas expuestas en el Museo de Burgos admiten parangón con otras de los niveles inferiores de Los Husos. Se expone también un punzón metálico, pero no sabemos si procederá del mismo nivel que esas cerámicas.

<sup>50</sup> BOSCH GIMPERA, 1945, p. 63.

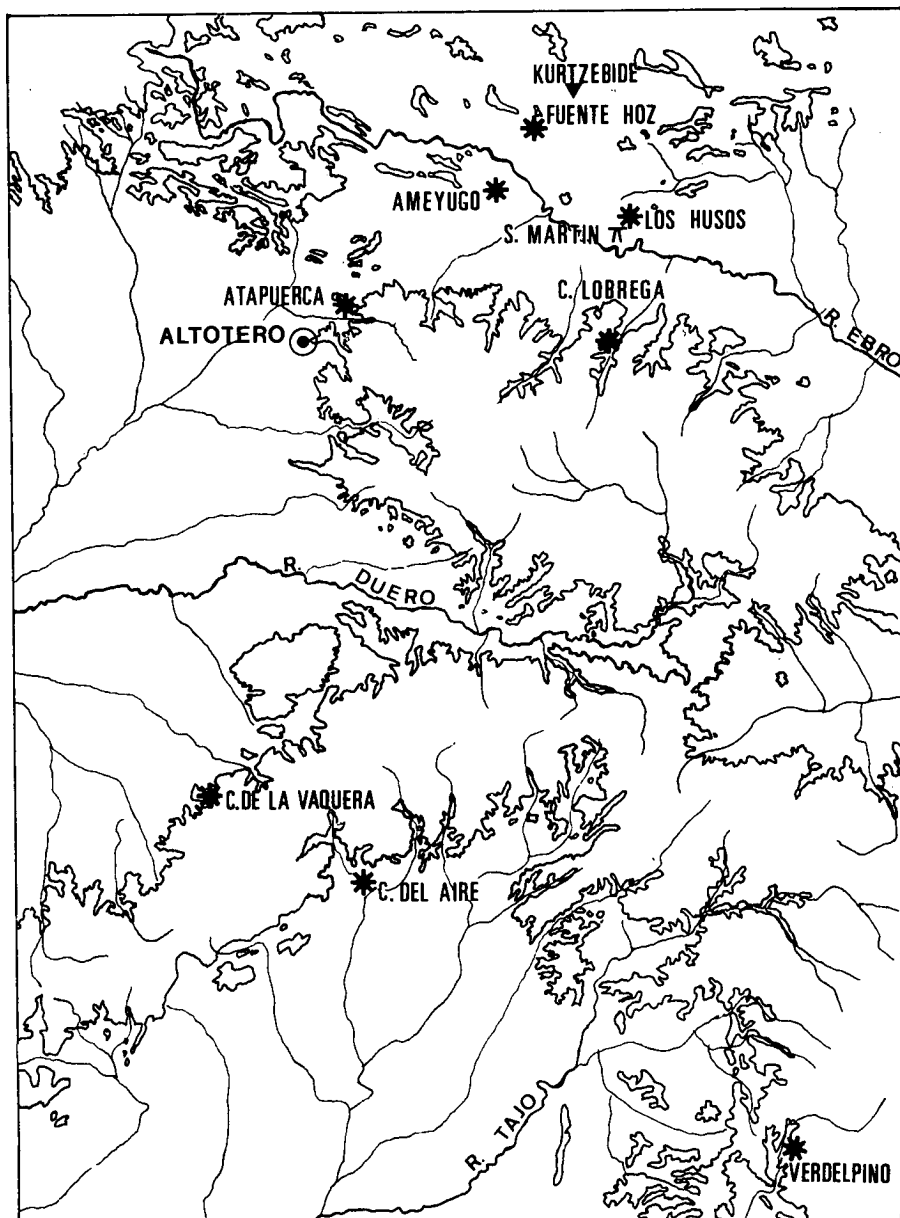


Fig. 9.—El Altotero y otros yacimientos del Neolítico Interior.

En el citado conjunto de cuevas del Neolítico Interior no hay demasiados elementos de cronología absoluta. En la cueva segoviana de La Vaquera, una muestra de los niveles inferiores ( $3700 \pm 80$  a. C.) sitúa el neolítico en



una fecha muy temprana del IV milenio<sup>51</sup>; en Los Husos, el nivel IV, neolítico, es situado por Apellaniz algo antes del 3000 a. C.<sup>52</sup>, a juzgar por la datación C-14 ( $2780 \pm 110$  a. C.) del nivel inmediato superior, que su excavador considera "eneolítico cero"<sup>53</sup>. Creemos que este nivel IIIb debe de corresponder también al Neolítico Final<sup>54</sup>, marcando quizá el comienzo del hábitat campero<sup>55</sup>. También del Neolítico Final, e ilustrativo del cambio de función habitacional a funeraria y hasta del paso del rito de inhumación individual al colectivo, sería el nivel I del covacho, igualmente alavés, de Fuente Hoz<sup>56</sup>, donde se han obtenido fechas radiocarbónicas de  $3290 \pm 110$  y  $3210 \pm 110$  a. C.<sup>57</sup>. Finalmente, el nivel II de la cueva conquense de Verdelpino, con cerámicas emparentables con las de estos yacimientos que nos ocupan, arroja una cronología de  $2680 \pm 110$  a. C.<sup>58</sup>. Partiendo de estos datos<sup>59</sup>, quizá convenga al Altotero una ubicación a comienzos de la primera mitad del III milenio, si no algo antes.

Además de las cavernas citadas, otros yacimientos parecen corresponder a este Neolítico avanzado. Nos referimos a los megalitos, parte de los cuales deben de haber sido edificados con anterioridad a la introducción de la metalurgia, como propusieron hace tiempo Savory<sup>60</sup> o Guilaine<sup>61</sup> a la vista de las características arquitectónicas de ciertos megalitos alaveses y especialmente del ajuar del "nivel" inferior del dolmen de San Martín. En realidad tal cosa fue aventurada, aunque tímidamente, por Apellaniz<sup>62</sup>. Nuevos argumentos y yacimientos afectados son señalados ahora en la memoria de

<sup>51</sup> ZAMORA CANELLADA, 1976, p. 63 y 71. Curiosamente no es recogida en LÓPEZ GARCÍA, siendo considerada anómala en el catálogo de dataciones. Vid. FERNÁNDEZ-POSSE, 1980, p. 59, nota 33.

<sup>52</sup> APELLANIZ, 1974, p. 185 y 327.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 186-194 y 328.

<sup>54</sup> El propio Apellaniz señala el "extraordinario parecido" en cuanto al ajuar entre los niveles IV y IIIb, separándose precisamente por la "razón decisiva" de los enterramientos colectivos (*Ibidem*, p. 187). Vid. también ANDRÉS, 1977, p. 85 (fig. 1); BEGUIRISTAIN, 1982, p. 137, etc.

<sup>55</sup> DELIBES y ESPARZA, 1985, p. 123.

<sup>56</sup> BALDEÓN *et alii*, 1983<sup>a</sup>.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 49. Las dos fechas corresponden respectivamente a un subnivel con enterramientos colectivos y a otro más antiguo con una inhumación individual, habiendo así una ligerísima distorsión en la cronología radiocarbónica, intranscendente. Conviene citar el hallazgo, en la cueva malagueña de Nerja, de un nivel Calcolítico Inferior, con tres inhumaciones, bajo el cual se ha excavado un nivel del Neolítico Final con una inhumación doble (JORDA *et alii*, 1983, p. 63). Uno de los esqueletos neolíticos mostraba evidencias de trepanación, hecho observado también en Fuente Hoz.

<sup>58</sup> FERNÁNDEZ-MIRANDA y MOURE, 1975.

<sup>59</sup> Dada la existencia de importantes problemas de interpretación, hemos prescindido de los datos de otros yacimientos, como las cuevas de Santimamiñe, Abautz o Marizulo. En esta última, la datación  $3335 \pm 65$  a. C. avala la atribución al Neolítico (CAVA, 1978). A un horizonte comparable corresponden las fechas obtenidas en Cataluña para niveles considerados *veracienses*:  $2825 \pm 80$  y  $2690 \pm 90$  a. c., en El Coll (MARTÍN, 1982b, p. 95);  $2500 \pm 100$  a. C. en Matadepera (IDEM, 1982, p. 82). Esta última corresponde, por cierto, a un nivel sepulcral colectivo, y en el que se ha obtenido un foliáceo. Las fechas del Neolítico Interior parecen ser algo más tardías que las obtenidas para el Neolítico Final de Andalucía, por ejemplo, en Nerja ( $3840 \pm 140$  a. C.) o en Cazalla ( $4430 \pm 150$  y  $3570 \pm 120$  a. C.) (Vid. PELLICER y ACOSTA, 1982, p. 54-58).

<sup>60</sup> SAVORY, 1975, p. 168-172.

<sup>61</sup> GUILAINE, 1976c, p. 332.

<sup>62</sup> APELLANIZ, 1974, p. 213-214 (sepulcros de corredor de San Martín y El Sotillo).

excavaciones del sepulcro de corredor de Ciella<sup>63</sup>. La fecha de construcción de San Martín, aplicable también a algunos megalitos burgaleses como el de Las Arnillas de Sedano, habría de situarse hacia el 3000 a. C.<sup>64</sup>, de forma que aquellas estaciones rupestres y estos primeros megalitos vendrían a ser sincrónicos, y dada la presunta continuidad en la construcción de estos monumentos en el Tercer Milenio<sup>65</sup>, llegarían a coexistir cuevas, megalitos y poblados como el Altotero... sin hablar de los genéricamente denominados "talleres de sílex"<sup>66</sup>. Sería conveniente, además, la revisión de algunos viejos hallazgos, como los de Villabrágima, cuyo arcaísmo ha sido señalado en repetidas ocasiones<sup>67</sup>, aludiéndose incluso a su carácter neolítico.

Tal coexistencia constituye un complejo problema, no siendo fácil hallar una explicación para tan diferentes yacimientos. Tal vez estemos ante *grupos* culturales distintos, o acaso ante *facies* económicas, funcionales, etc., seguramente combinadas con ciertas diferencias cronológicas: si inicialmente las cuevas desempeñaban la función de habitación, los enterramientos podrían haberse efectuado en dólmenes; posteriormente, al iniciarse la vida en poblados abiertos, se asignaría a las cuevas un papel funerario, aunque todavía estarían en boga los megalitos, como el alavés de Kurtzebide<sup>68</sup>.

Cuestiones cronológicas aparte, queda pendiente la del asentamiento, en buena parte por falta de datos polínicos, faunísticos, etc.

La transcendencia de la reaparición de la vida al aire libre ha sido puesta de manifiesto por Arribas y Molina al estudiar el poblado de Los Castillejos de Montefrío: este yacimiento, en el que se documenta la salida al hábitat de superficie por parte de una población de la Cultura Andaluza de la Cuevas, "... abre paso a la posibilidad de que el sustrato cultural de las poblaciones andaluzas de la Edad del Cobre pertenezca a la cultura neolítica de las Cuevas"<sup>69</sup>. Y si Fernández-Posse propone que nuestro Neolítico Interior "... explicaría, como sustrato humano, la densa población eneolítica de algunas zonas de la Meseta..."<sup>70</sup>, el Altotero de Modúbar bien pudiera representar un equivalente —modestísimo— de Los Castillejos de Montefrío.

Llegado este momento habría que preguntarse por las razones del nue-

<sup>63</sup> DELIBES *et alii*, 1982, especialmente p. 173-174 y 177-178.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 178 y 188.

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 188. El túmulo —¿proyecto de dolmen?— de Kurtzebide, en Alava, contenía huesos humanos datados por el C-14 en 2495 ± 95 a. C. (VEGAS ARAMBURU, 1981).

<sup>66</sup> *Vid.* VALLESPI, 1968.

<sup>67</sup> PALOL-WATTENBERG, 1974, p. 209-210; DELIBES, 1975, p. 126; WATTENBERG, 1949, p. 204 y 209. Recientemente Delibes ha puesto en relación estos materiales de Villabrágima, lo mismo que los de varias estaciones de la Tierra de Campos, con el "...mundo megalítico antiguo, tardoneolítico" (DELIBES, 1980, p. 131-132). Pero en este caso, como en el de los talleres de sílex, nos hallamos por ahora ante materiales poco significativos, demasiado imprecisos, cuyo estudio presenta dificultades metodológicas de importancia, como ha señalado Apellaniz, quien —como Delibes— los atribuye a grupos pastoriles, lo que equivale a afirmar su pobreza y arcaísmo (APELLANIZ, 1974, p. 214; DELIBES, 1977, p. 145).

<sup>68</sup> VEGAS ARAMBURU, 1981.

<sup>69</sup> ARRIBAS y MOLINA, 1978, p. 127.

<sup>70</sup> FERNÁNDEZ-POSSE, 1980, p. 53.

vo tipo de hábitat. La resolución de este problema probablemente suponga la de otros estrechamente relacionados, como el de la utilización funeraria de las cuevas. ¿No estará la inhumación colectiva en cuevas vinculada, como cara y cruz de una misma moneda, al modo de vida al aire libre? Porque el sistema de poblados camperos conlleva, a más de otros aspectos esenciales para la vida de las comunidades, el vaciamiento de las cavernas, favoreciendo su empleo —anteriormente tanteado— como panteones colectivos<sup>71</sup>.

Entre los factores propuestos como explicativos del cambio habitacional se cuenta la propia actividad metalúrgica<sup>72</sup>, que hoy debe ser excluida, al menos para la iniciación de tal cambio. Podría pensarse también en la agricultura, pero lo observado en Montefrío parece contradecir tal posibilidad: en la fase I la actividad fundamental es la ganadería, mientras que el desarrollo de la agricultura se apunta sólo a partir de la fase II<sup>73</sup>. En el propio Altotero no hay —al menos por el momento— ningún indicio de una agricultura importante. Y por otra parte, aún en el caso de que en éste o en otros yacimientos neolíticos la actividad agraria estuviese presente desde su momento fundacional, la pregunta fundamental sería ¿por qué se decide iniciar o intensificar la agricultura como estrategia alimentaria?

No puede descartarse una explicación de índole diferente: las modificaciones ambientales ligadas al cambio climático, ya que parece haber cierta correspondencia entre la transición Atlántico/Subatlántico y la superación del hábitat rupestre... Lamentablemente carecemos de los imprescindibles diagramas polínicos. Para el caso del Altotero ni siquiera podemos apoyarnos en los perfiles obtenidos en el valle burgalés de La Nava, ya que sólo arrojan luz sobre los períodos Pre-boreal y Boreal<sup>74</sup>. En el sondeo efectuado por Clark en Atapuerca faltan igualmente datos válidos para el momento que nos ocupa<sup>75</sup>.

El surgimiento de los poblados abiertos podría explicarse también como resultado de una aportación de gentes nuevas, o bien de un vasto conjunto de cambios operado en los grupos humanos preexistentes. En el primer caso, estaríamos ante una colonización del territorio por poblaciones alóctonas. En la segunda hipótesis, cabría suponer un crecimiento del tamaño de los grupos que habría desencadenado no sólo la búsqueda de un espacio menos limitado —el poblado frente a la constricción de la caverna<sup>76</sup>—,

<sup>71</sup> Vid. NAVARRETE, 1976, p. 30-31; MARTÍ, 1978, p. 34-35 señalaba la posible relación entre el comienzo de la utilización funeraria de las cuevas y el de los poblados, todavía dentro del Neolítico de las cerámicas impresas.

<sup>72</sup> MUÑOZ AMILIBIA, 1970, p. 17.

<sup>73</sup> ARRIBAS y MOLINA, 1978, p. 124-129; IDEM, 1979, p. 12 y 16.

<sup>74</sup> MENÉNDEZ AMOR, 1968.

<sup>75</sup> La muestra de polen n.º 42, recogida en el nivel 28 (Calcolítico) de Atapuerca, resultó estéril (CLARK, 1979, p. 116, 285 y 295).

<sup>76</sup> Vid. CAUVIN, 1978, p. 13-14, sobre la salida de los natufienses al hábitat abierto. Lo que nos interesa de esta cita es su aspecto *interpretativo*. No podemos dejar de citar, empero, la opinión de Bar Yosef y Martin, quienes señalan que el proceso realmente operado debió de ser precisamente el opuesto (!), la

sino también modificaciones en la estructura social, que repercutirían en las formas residenciales —las cabañas unifamiliares frente a la habitación en común—, en las técnicas de caza —sustitución de la partida por la caza individual—, etc.

De todas formas, cabe también la posibilidad de que el Altotero no sea un auténtico poblado al aire libre, sino un mero campamento estacional. Dado el número y condición de los materiales de los que disponemos, no es posible pronunciarse claramente en favor del carácter estacional o permanente del yacimiento. En efecto, el emplazamiento elegido, la poca variabilidad del utillaje lítico, la importancia de los elementos de caza (puntas de flecha) y descarnado (denticulados y raederas), junto a la escasez de buriles, podrían apuntar hacia la simple utilización estacional por un grupo cazador<sup>77</sup>. Por contra, el amplio abanico de actividades desarrolladas —búsqueda de sílex, talla, caza, descuartizamiento, preparación de pieles, fabricación de cerámica<sup>78</sup>, preparación de alimentos, acondicionamiento de cabañas, algún tipo de recolección— sugieren la permanente ocupación del Altotero. La falta de las imprescindibles evidencias faunísticas, paleobotánicas, etc., y la propia complejidad de los modelos interpretativos<sup>79</sup> nos obliga a dejar abierta esta cuestión, cuya resolución reviste gran interés, máxime si se confirma la ocupación neolítica de la Cueva de Atapuerca, distante unos 15 kilómetros del Altotero.

Hay, por último, algunas posibilidades de interpretación que no han sido tenidas en cuenta: por ejemplo, que las cerámicas decoradas hayan llegado a un Altotero calcolítico en un proceso de intercambio con comunidades neolíticas residuales, presumiblemente rupestres... o incluso que quienes hayan llegado sean mujeres procedentes de tales comunidades neolíticas. En la actualidad, tales posibilidades no pueden ser abordadas arqueológicamente. Y en cuanto a una posible existencia de estratigrafía en el Altotero, con niveles neolítico y calcolítico, debe ser encarada mediante la próxima realización de excavaciones, pero en todo caso supondría el mantenimiento de los principales problemas aquí planteados<sup>80</sup>.

---

utilización de cuevas por los natufienses, tras el predominio de los campamentos en el Kebariense (BAR YOSEF y MARTIN, 1981).

<sup>77</sup> De gran interés como punto de referencia metodológico es el estudio de yacimientos epipaleolíticos del norte de Inglaterra realizado por R. M. Jacobi, que muestra las marcadas diferencias entre el utillaje de los sitios permanentes —Star Carr, por ejemplo— y los cazaderos de verano (Vid. MELLARS, 1978, p. 295-333).

<sup>78</sup> La presencia de mujeres, a las que cabe atribuir la fabricación de la cerámica, podría ser interpretada también en favor del carácter duradero de la ocupación.

<sup>79</sup> Vid. propuestas acerca de la estacionalidad y función de los yacimientos a partir de las evidencias arqueológicas en MELLARS, 1978, capítulos 6 (mesolítico holandés, por T. D. Price, espec. p. 95-97) y 13 (mesolítico irlandés, por P. C. Woodman, espec. p. 363-365). No puede soslayarse tampoco la diversidad en cuanto a la composición por sexos, lazos de sangre, etc., de las poblaciones implicadas en campamentos base y sitios estacionales (Vid. FLANNERY, 1972, p. 24-26).

<sup>80</sup> Nuestro agradecimiento a Montserrat Martín Martín, que mecanografió el texto, y a Rafael Mediavilla Chaperó y Angel Rodríguez González, autores de los dibujos de materiales.

## BIBLIOGRAFIA

- ABÁSULO ALVAREZ, J. A. y RUIZ VÉLEZ, I. (1977): *Carta arqueológica de la provincia de Burgos. Partido judicial de Burgos*, Burgos.
- ACOSTA, P. y CRUZ-AUÑÓN, R. (1981): "Los enterramientos de las fases iniciales en la "Cultura de Almería", *Habis*, 12, Sevilla, p. 275-360.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (eds.) (1978): *C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica. Reunión 1978*, Serie Universitaria de la Fundación Juan March, 77, Madrid.
- ANDRÉS RUPÉREZ, T. (1977): "Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro. Consideraciones críticas", *PV*, 146-147, p. 65-129.
- (1978): "El utillaje de piedra tallada en los sepulcros de época dolménica del Ebro Medio", *Caesaraugusta*, 45-46, Zaragoza, p. 15-41.
- APARICIO PÉREZ, J. y SAN VALERO APARISI, J. (1977): *La Cova Fosca (Ares del Mestre-Castellón) y el Neolítico valenciano*, Serie Arqueológica del Dept.º de H.ª Antigua, 4, Valencia.
- APELLANIZ CASTROVIEJO, J. M. (1973): *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional*, *Munibe*, Suplemento n.º 1, San Sebastián.
- (1974): *El grupo de Los Husos durante la prehistoria con cerámica en el País Vasco*, *EAA*, 7.
- APELLANIZ CASTROVIEJO, J. M. y URIBARRI ANGULO, J. L. (1976): *Estudios sobre Atapuerca (Burgos). El Santuario de la Galería del Sílex*, CAD 5.
- APELLANIZ, J. M. y FERNÁNDEZ MEDRANO, D. (1978): "El sepulcro de galería segmentada de la Chabola de la Hechicera (Elvillar-Alava). Excavación y restauración", *EAA*, 9, p. 141-221.
- ARNAL, J., BOCQUET, A. y VERRAES, G. (1979): "La naissance de la métallurgie dans le Sud-est de la France", en RYAN, 1979, p. 35-63.
- *Arqueología espacial. Coloquio sobre distribución y relaciones entre yacimientos*, Teruel, 1984.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F. (1978): *El poblado de "Los Castillejos" en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de Excavaciones de 1971. El corte num. 1. Cuad. Preh. Gr.*, Serie Monográfica, 3.
- (1979): "Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la Península Ibérica. El poblado de Los Castillejos de Montefrío (Granada)", en RYAN, 1979, p. 7-32.
- ARRIBAS, A., MOLINA, F., SÁEZ, L., DE LA TORRE, F., AGUADO, P. y NÁJERA, T. (1983): "Nuevas excavaciones en Los Millares (1978-1981)", *XVI CNArq (Murcia-Cartagena, 1982)*, p. 147-166.
- BALDEÓN, A. (1978): "Contribución al estudio de yacimientos postpaleolíticos al aire libre (Alava). Landa y Saldarroa", *EAA*, p. 17-45.
- BALDEÓN, A., GARCÍA, E., ORTIZ y LOBO, P. (1983a): "Excavaciones en el yacimiento de Fuente Hoz (Anúcita, Alava)", *EAA*, 11, p. 7-67.
- BALDEÓN, A., BERGANZA, E. y GARCÍA, E. (1983b): "Estudio del yacimiento de "El Montico de Charratu" (Albaina, Treviño)", *EAA*, 11, p. 121-186.
- BALDEÓN, A. y ORTIZ, L. (1984): "Asentamientos epipaleolíticos y neolíticos en la cuenca media del río Bayas (Alava)", en *Arqueología Espacial* (1984), 3, p. 7-15.

- BAR-YOSEF, O. y MARTIN, G. (1981): "Le problème de la "sortie des grottes" au Natoufien", *BSPPF*, 78, 6, p. 187-192.
- BARANDIARAN MAESTU, I. (1977): "El proceso de transición Epipaleolítico-Neolítico en la cueva de Zatoya", *PV*, 146-147, p. 5-46.
- BEGUIRISTAIN GURPIDÉ, M.<sup>a</sup> A. (1979): "Cata estratigráfica en la Cueva del Padre Areso (Bigüezal)", *TAN*, 1, p. 77-90.
- (1982): "Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y la Edad del Bronce en el alto Valle del Ebro", *TAN*, 3, p. 59-156.
- BERNABÉU, J. (1982): "La evolución del Neolítico en el País Valenciano. Aportaciones al estudio de la culturas neolíticas en el extremo occidental del Mediterráneo", *RIEA*, 37, p. 83-137.
- BOSCH GIMPERA, P. (1945): *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.
- (1969): "La Cultura de Almería", *Pyrenae*, 5, Barcelona, p. 47-93.
- CAUVIN, J. (1978): *Les premières villages de Syrie-Palestina*, Coll. de la Maison de l'Orient Méditerranéen, Série Archéologique, 3, Lyon.
- CAVA ALMUZARA, A. (1975): "La industria lítica de los niveles postazilienses de Santimamiñe (Vizcaya)", *Sautuola*, 1, Santander, p. 53-57.
- (1978): "El depósito arqueológico de la cueva de Marizulo", *Munibe*, 30, 4, San Sebastián, p. 155-172.
- CLARK, G. A. (ed.) (1979): *The North Burgos Archaeological Survey, Bronze and Iron Age archaeology on the Meseta del Norte (Province of Burgos, North-Central Spain)*, Anthropological Research Papers, 19, Tempe.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1975): *Colección arqueológica "Don Eugenio Merino" de Tierra de Campos*, Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, 14, León.
- (1977): "Poblamiento Eneolítico en la Meseta Norte", *Sautuola*, II, Santander, p. 141-151.
- (1980): "Hacha plana de cobre hallada en Villalón de Campos (Valladolid)", *BSAA*, XLVI, p. 129-133.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ESPARZA ARROYO, A. (1985): "Neolítico y Edad del Bronce", en *Historia de Burgos, I. Edad Antigua*, Burgos, p. 117-177.
- DELIBES DE CASTRO, G.; RODRÍGUEZ MARCOS, J. A.; SANZ MÍNGUEZ, C. y DEL VAL RECIO, J. M. (1982): "Dólmenes de Sedano. I. El sepulcro de corredor de Ciella", *NAH*, 14, p. 149-196.
- DEPARTAMENT DE CULTURA DE LA GENERALITAT DE CATALUNYA (1982): *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*, Excavacions Arqueològiques a Catalunya, 1, Barcelona.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y MOURE ROMANILLO, J. A. (1975): "El Abrigo de Verdelpino (Cuenca). Un nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica", *NAH, Prehistoria* 3, p. 189-236.
- FERNÁNDEZ-POSSE y DE ARNÁIZ, M.<sup>a</sup> D. (1980): "Los materiales de la Cueva del Aire de Patones (Madrid)", *NAH*, 10, p. 39-64.
- FERREIRA, A.; GIL, E.; LOBO, P.; ORTIZ, L.; TARRIÑO, A.; TARRIÑO, J. M. y VIVANCO, J. J. (1983): "El núcleo de poblamiento postpaleolítico de Larrenke (Mijancas-Santúrde)", *EAA*, 11, p. 187-285.

- FERREIRA, A.; LOBO, P. J.; ORTIZ, L.; TARRIÑO, J. M. y VIVANCO, J. J. (1984): "Avance al estudio de los asentamientos al aire libre de la cuenca del río Rojo (Alava)", en *Arqueología Española*, 1982, 3, p. 119-136.
- FLANNERY, K. V. (1972): "The origins of the village as a settlement type in Mesoamerica and the Near East: a comparative study", en UCKO, P. J.; TRINGHAM, R. y DIMBLEBY, G. W. (eds.): *Man, settlement and urbanism*, Londres, p. 23-53.
- FLETCHER VALLS, D.; PLA BALLESTER, E. y LLOBREGAT CONESA, E. (1964): *La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia)*, EAE, 42.
- FORTEA PÉREZ, J. (1971): *La Cueva de la Cocina*, Trabajos Varios de SIP, 40, Valencia.
- (1973): *Los complejos microlaminares y geométricos del epipaleolítico mediterráneo español*, Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, 4, Salamanca.
- FRESNEDA PADILLA, E. (1983): "El poblado prehistórico de "El Manzaniil" (Loja, Granada)", *XVI CNArq (Murcia-Cartagena 1982)*, p. 135-140.
- GUILAINE, J. (1976a): *Premiers bergers et paysans del Occident méditerranéen*, Paris-La Haya.
- (1976b) (ed.): *La Préhistoire Française. II. Les civilisations néolithiques et protohistoriques de la France*, Paris.
- (1976c): "Les civilisations néolithiques dans les Pyrénées", en GUILAINE, 1976b, p. 326-337.
- GUILAINE, J. y VAQUER, J. (1979): "Les debuts de la métallurgie et les groupes culturels de la fin du Néolithique dans le Sud de la France", en RYAN, 1979, p. 69-79.
- JORDÁ CERDÁ, F.; JORDÁ PARDO, J. F.; GONZÁLEZ-TABLAS, F. J.; AURA TORTOSA, J. E. y SANCHIDRIÁN TORTI, J. L. (1983): "La Cueva de Nerja", *Revista de Arqueología*, 29, Madrid, p. 56-65.
- LAPLACE, G. (1968): "Recherches de typologie analytique", *Origini*, II, Roma, p. 7-64.
- (1974a): "La typologie analytique et structurale: base rationnelle d'étude des industries lithiques et osseuses", *Colloques Nationaux CNRS*, 932, Marsella, p. 91-143.
- (1974b): "Diagrammes des aires et des allongements: indices de grandeur absolue et quadratique de carenage", *Dialektiké*, 5-6, Pau, p. 5-9.
- (1977): "Notes de typologie analytique. Orientation de l'objet et rectangle minimal", *Dialektiké*, Pau, p. 32-53.
- LEISNER, V. (1983): "As diferentes fases do Neolítico em Portugal", *Arqueologia*, 7, Oporto, p. 7-15 (versión port. del original alemán "Die verschiedenen Phasen des Neolithikums in Portugal", *Palaeohistoria*, XII, Groninga, 1966, p. 363-372).
- Le Néolithique Ancien Méditerranéen* (Actes du Colloque International de Préhistoire, Montpellier, 1981), *Archéologie en Languedoc*, n.º spécial, Montpellier, 1982.
- LÓPEZ GARCÍA, P. (1978): "La problemática cronológica del Neolítico peninsular", en ALMAGRO-GORBEA y FERNÁNDEZ-MIRANDA, 1978, p. 45-56.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1955): "El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares. I", *Zephyrus*, VI, Salamanca, p. 145-169.
- (1975): "Un yacimiento prehistórico en Hornos de Segura (Jaén)", *NAH, Prehistoria* 3, p. 285-305.
- (1982): "Hostalroig, Santa María de Meiá", en DEPARTAMENT DE CULTURA, 1982, p. 60.
- MARTÍ OLIVER, B. (1978): "El Neolítico de la Península Ibérica. Estado actual de los proble-

- mas relativos al proceso de neolitización y evolución de las culturas neolíticas”, *Saguntum*, 13, Valencia, p. 59-98.
- MARTÍ OLIVER, B.; PASCUAL PÉREZ, V.; GALLART MARTÍ, M. D.; LÓPEZ GARCÍA, P.; PÉREZ RIPOLL, M.; ACUÑA HERNÁNDEZ, J. D. y ROBLES CUENCA, F. (1980): *Cova de l'Or (Beniarrés-Alicante)*, II, Trabajos Varios del SIP, 65, Valencia.
- MARTÍN, A. (1982a): “Cova del Frare, Matadepera”, en DEPARTAMENT DE CULTURA, 1982, p. 81-83.
- (1982b): “El Coll, Llinars del Vallés”, en DEPARTAMENT DE CULTURA, 1982, p. 93-95.
- MELLARS, P. (ed.) (1978): *The Early Postglacial Settlement of Northern Europe*, Londres.
- MENÉNDEZ AMOR, J. (1968): “Estudio esporo-polinico de una turbera en el Valle de la Nava (Provincia de Burgos)”, *BRSEHN (Geología)*, 66, p. 35-39.
- MONTJARDIN, R. (1970): “Ferrières, Fontbousse et Campaniforme”, *BSPF*, 67, p. 277-281.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M.<sup>a</sup> (1970): “Estado actual de la investigación sobre el Neolítico español”, *Pyrenae*, 6, Barcelona, p. 13-28.
- NAVARRETE ENCISO, S. (1976): *La Cultura de las Cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental*, Granada.
- NIETO, G. (1959): “La cueva artificial de la Loma de los Peregrinos en Alguazas (Murcia)”, *Amurias*, XXI, Barcelona, p. 189-244.
- OLARIA DE GUSI, C.; ESTÉVEZ ESCALERA, J. e YLL, E. (1982): “Domesticación y paleoambiente de la Cova Fosca”, en *Le Néolithique*, 1982, p. 107-120.
- OSABA Y RUIZ DE ERENCHUN, B. (1978): “Las cuevas prehistóricas burgalesas en relación con el Museo Arqueológico”, *Kaite*, 1, Burgos, p. 71-82.
- PALOL, P. de y WATTENBERG, F. (1974): *Carta arqueológica de España. Valladolid*, Valladolid.
- PELLICER, M. (1964): *El Neolítico y el Bronce de la Cueva de La Carigüela de Piñar (Granada)*. TP, XV.
- PELLICER, M. y ACOSTA, P. (1982): “El Neolítico Antiguo en Andalucía Occidental”, en *Le Néolithique*, 1982, p. 49-60.
- PLA BALLESTER, E.; MARTÍ OLIVER, B. y BERNABEU ARIBAU, J. (1983): “La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia) y los inicios de la Edad del Bronce”, *XVI CNArq (Murcia-Cartagena, 1982)*, p. 239-247.
- RYAN, M. (ed.) (1979): *The origins of Metallurgy in Atlantic Europe*, Proceedings of the fifth Atlantic Colloquium (Dublin 1978), Dublin.
- SAVORY, H. N. (1974): *Espanha e Portugal*, Lisboa (ed. port. del original inglés: *Spain and Portugal*, Londres, 1968).
- (1975): “The role of the Upper Duero and Ebro basins in megalithic diffusion”, *BSAA*, XL-XLI, p. 159-174.
- SÁEZ, L. y MARTÍNEZ, G. (1981): “El yacimiento neolítico al aire libre de La Molaina (Pinos Puente, Granada)”, *Cuad. Preh. Gr.*, 6, p. 17-33.
- SOLER GARCÍA, J. M. (1976): *Villena. Prehistoria-Historia-Monumentos*, Alicante.
- TARRADELL, M. (1963): *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización*, Anales de la Universidad de Valencia, XXXVI, II, Valencia.
- URÍBARRI, J. L. de y APELLANIZ, J. M. (1975): “Problemas prehistóricos de la “Galería del Silex” de la cueva de Atapuerca (Burgos)”, *XIII CNArq (Huelva 1973)*, p. 167-172.



- UTRILLA MIRANDA, P. (1982): "El yacimiento de la Cueva de Abauntz (Arraiz-Navarra)", *TAN*, 3, p. 203-345.
- VALLESPÍ PÉREZ, E. J. (1968): "Talleres de sílex al aire libre en el País Vasco Meridional", *EAA*, 3, p. 7-27.
- VEGAS ARAMBURU, J. I. (1981): "Túmulo-dolmen de Kurtzebide en Letona. Memorià de excavación", *EAA*, 10, p. 19-66.
- WATTENBERG, F. (1949): "Prospecciones arqueológicas en el área de Villabragima (Provincia de Valladolid)", *BSAA*, XV, p. 201-209.
- ZAMORA CANELLADA, A. (1976): *Excavaciones de la Cueva de la Vaquera, Torreiglesias (Segovia). Edad del Bronce*, Segovia.

## ABREVIATURAS

BRSEHN	<i>Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural</i> . Madrid.
BSAA	<i>Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología</i> . Valladolid.
BSPF	<i>Bulletin de la Société Préhistorique Française</i> . Paris.
CAD	Cuadernos de Arqueología de Deusto. Bilbao.
CNArq	<i>Congreso Nacional de Arqueología</i> . Zaragoza.
<i>Cuad. Preh. Gr.</i>	<i>Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada</i> . Granada.
EAA	Excavaciones Arqueológicas en España. Madrid.
EAE	<i>Estudios de Arqueología Alavesa</i> . Vitoria.
NAH	<i>Noticario Arqueológico Hispánico</i> . Madrid.
PV	<i>Príncipe de Viana</i> . Pamplona.
RIEA	<i>Revista del Instituto de Estudios Alicantinos</i> . Alicante.
TAN	<i>Trabajos de Arqueología Navarra</i> . Pamplona.
TP	<i>Trabajos de Prehistoria</i> . Madrid.